

GOLPE Y GUERRA EN EL VALLE DEL GUADALQUIVIR. LA DESBANDÁ DE AGOSTO A DICIEMBRE DEL 36 EN CORDOBA.

Luis G. Naranjo

Resumen

Entre finales de agosto del 36 y Diciembre de ese mismo año las localidades cordobesas situadas en el eje del Valle del Guadalquivir y zona meridional de Sierra Morena van cayendo en manos rebeldes ante el empuje militar de las columnas de Queipo y la escasa capacidad defensiva de las milicias locales del Frente Popular. Previamente, en la capital cordobesa, el genocidio de más de 4.000 hombres y mujeres había comenzado el 20 de julio, con el bando militar del coronel Cascajo que ahogó en sangre el intento de huelga general promovido por las organizaciones obreras.

A las matanzas en Córdoba sucedió el asesinato colectivo de más de 300 trabajadores en Palma del Rio, tras la ocupación fascista de esta localidad a fines del mes de Agosto. La conciencia de que les esperaba algo similar cuando la marea rebelde llegara a sus pueblos, llevó a miles de mujeres y hombres, familias completas en muchos casos, a emprender rápida y desorganizada huida a través de los despoblados montes de Sierra Morena en dirección a la zona norte de la provincia aún en manos republicanas, con destino a Villanueva de Córdoba, capital republicana hasta el final de la guerra de España. Más de 16.000 personas acabaron refugiadas en esta pequeña localidad como consecuencia de este éxodo.

En esta comunicación se establece el contexto histórico y los movimientos militares que conducen a lo que podemos denominar la Desbandá del Valle del Guadalquivir en Córdoba y se aportan testimonios de las mujeres y hombres que la protagonizaron.

La trama cívico militar urdida durante meses por la oligarquía agraria y mercantil cordobesa, ferozmente antirrepublicana (Cruz Conde, Vallellano, Eduardo Quero, Carbonell...) junto con los jefes militares rebeldes (Queipo de Llano, Cascajo...) logra que el golpe de estado se imponga en Córdoba el mismo 18 de Julio, aplastando con medidas militares la escasa resistencia obrera que se les enfrentó, débil y desorganizada, basada sobre todo en el intento de huelga general brutalmente sofocado por Cascajo con el bando de guerra del 20 de Julio de 1936, lunes.

Al igual que Granada, la capital cordobesa queda durante las primeras semanas de la guerra rodeada por pueblos que se mantienen desde el principio leales a la República o son recuperados por las fuerzas del Frente Popular tras unas horas o días en poder de los facciosos. Así, a finales de Julio del 36 toda la línea de poblaciones de la Vega del Guadalquivir y las laderas meridionales de Sierra Morena, desde Palma del Rio y Hornachuelos hasta Adamuz y Pedro Abad se mantiene fiel al Gobierno del Frente Popular, gracias a la espontánea reacción de las fuerzas obreras y las milicias que apresuradamente se van formando, con gran entusiasmo revolucionario pero escasa capacidad militar, sobre todo de carácter ofensivo.

Tras el intento de golpe, la mañana del 19 de Julio la provincia de Córdoba se despierta con 48 de los 75 municipios en manos del bando sublevado (ver mapa provincial). La reacción republicana, desigual e impulsada por fuerzas obreras de carácter local, no se hace esperar. En muchos pueblos se organizan desde el mismo 19 de Julio los **Comités de Defensa de la República**, integrados por organizaciones políticas y sindicales que formaron parte o apoyaron la candidatura del Frente Popular en las elecciones de Febrero de 1936. Estamos en la primera fase de la guerra, en la que no existen frentes estables ni grandes unidades militares en movimiento, primando las unidades móviles a escala de compañía o batallón por el bando franquista y las columnas de milicianos apoyadas a veces por unidades del ejército regular republicano por la parte gubernamental.

En la zona que nos ocupa (valle medio del Guadalquivir y contacto meridional de Sierra Morena) esta dinámica se ve bien reflejada. **En Palma del Rio** el sargento de la guardia civil Máximo Patón Jiménez se subleva el 19 de Julio al mando de una escasa guarnición, presionado y apoyado por propietarios rurales y falangistas. La reacción del potente y combativo movimiento obrero articulado en el sindicalismo libertario y las JSU de Palma es inmediata y pone en pie de guerra a una masa de jornaleros y campesinos que consiguen el día 20, a las 9 de la noche, la rendición de los guardias y derechistas que se encontraban dentro del cuartel.

En **Hornachuelos** la Guardia Civil no llegó a pronunciarse. El predominio anarquista entre los obreros del pueblo –factor que se repite en toda esta parte occidental del Valle del Guadalquivir– favoreció sin duda la combatividad y contundencia de las acciones emprendidas para mantener el pueblo en manos de la República. El 19, representantes obreros se adueñan del Ayuntamiento e invitaron a la Guardia Civil a que entregaran las armas, cosa que hicieron, poniéndose parte de los efectivos a disposición del Frente Popular y del alcalde socialista Miguel Pérez Regal. El 20 de Julio llega un grupo de milicianos al mando del dirigente anarcosindicalista José España, que consolidan el control republicano del pueblo e impulsan las medidas colectivizadoras como base de la revolución social que se preconizaba.

En **Posadas**, tras una fase dubitativa a lo largo del sábado 18 de Julio, la guarnición de guardias civiles –un alférez, un sargento, un cabo y diez guardias– acaba aceptando las presiones de los derechistas locales y dicta el bando de guerra en la mañana del domingo 19, incautándose del Ayuntamiento, cuyo alcalde José Martínez, de Unión Republicana, fue apresado, así como de las comunicaciones locales. El sector obrero huye a las afueras, temiendo detenciones masivas.

En **Fuente Palmera**, el brigada de la guardia civil José Cintas, con cuatro guardias y unos cuantos derechistas se subleva en nombre de los golpistas. Poco después una masa de unos 500 jornaleros, dirigidos por el líder Jose Bernete, conocido después como el “capitán Chimeno”, recuperan el pueblo para la República.

La primera ocupación rebelde del municipio de **Almodovar** tras el golpe fue muy breve. Durante el 19 de Julio la localidad aparece controlada por la Guardia Civil, pero en la madrugada del día 20, grupos obreros asaltaron el Ayuntamiento y el cuartel, siendo detenidos los guardias civiles y personas de derechas.

En la barriada de **Villarrubia** se mantuvo el control obrero los primeros días tras el golpe, apoyado por la potente organización sindical de base comunista que levantó barricadas y detuvo algunos patronos de la fábrica azucarera. Duró poco esta situación, ya que el 22 de julio hubieron de huir ante la presión de las fuerzas rebeldes de Córdoba.

Al otro lado de Córdoba, en dirección Este, **Alcolea** fue ocupada el mismo amanecer del 19 de Julio por un pelotón de soldados y paisanos derechistas llegados desde Córdoba. Conscientes del valor estratégico del puente sobre el Guadalquivir y del existente sobre el afluente Guadalmellato (Puente Mocho), las fuerzas rebeldes fortificaron la zona, lo que impidió en parte el triunfo de la ofensiva sobre Córdoba del general Miaja, en Agosto del 36.

La localidad de **Villafranca** cambió de mano varias veces –el 22 de Julio lo recuperan milicianos de Jaén, se pierde el 26 para ser tomado de nuevo por fuerzas republicanas el 30 de Julio- hasta la definitiva ocupación franquista en diciembre del 36, en el marco de la ofensiva de Queipo de Llano (*Campaña de la Aceituna*) que ocupó todo el Alto Valle del Guadalquivir hasta ser detenida en los olivares de Lopera por las recientemente creadas Brigadas Internacionales, cuya XIV Brigada tuvo su heroico bautismo de sangre en estos campos andaluces.

El próximo pueblo de **Adamuz** se suma a la rebelión en la madrugada del 19 de Julio, deteniendo las Guardia Civil a dirigentes de las organizaciones obreras y organizando patrullas armadas de los elementos derechistas locales. Se publica el estado de guerra y ante esta situación grupos de trabajadores y miembros de partidos de izquierdas huyen a las afueras, mientras que la Guardia Civil acaba concentrados y a la defensiva en el centro del pueblo, ocupando el cuartel y algunas casas de propietarios agrarios. Con las fuerzas de Miaja ocupando Montoro para la prevista ofensiva sobre Córdoba, Adamuz es recuperada para la República el 10 de Agosto, tras una lenta operación de asedio. Se sostiene a duras penas en manos republicanas en una especie de tierra de nadie a fines de Diciembre, en el marco de la ofensiva de Queipo de Llano.

Los grandes arrendatarios del ducado de Alba, junto a falangistas y la guarnición de la Guardia Civil toman **el Carpio** en nombre de los sublevados el día 19 de Julio. Como en otras localidades, ante la amenaza de la represión y los fusilamientos, los elementos obreros huyen al campo, hasta que el 21 reciben la ayuda de una columna de mineros de Linares y la Carolina, que organizan un asedio del casco urbano en toda regla. A pesar de los esfuerzos de los sublevados de Córdoba por mantener en su poder una posición que ocupa un lugar estratégico como llave de Córdoba desde el Este, el 24 vuelve El Carpio al dominio del Frente Popular, hasta la ofensiva de Queipo de Diciembre del 36 que acaba con la presencia republicana en toda esta zona. Algo parecido ocurre con el vecino **Pedro Abad**, que queda en manos de los insurgentes el mismo 18 de Julio y vuelve a control gubernamental el 21 del mismo mes.

El efímero triunfo de las fuerzas de las milicias del Frente Popular lleva en las pocas semanas que estas localidades permanecen en su poder a poner en práctica experiencias socializantes de economía comunal de base agraria, procediéndose a la expropiación de los latifundios del término municipal –muchos de ellos improductivos o mal trabajados-, a la concentración del reparto de bienes de consumo por parte de los comités de guerra y de abastos que se organizan y, en determinados casos, incluso a la abolición del dinero

por la circulación de vales de trabajo y de consumo. La República Reformista de carácter democrático-burgués nacida en el 31 quiebra parcialmente tras el golpe de estado del 17 de Julio y la nueva situación de lucha de clases armada da pie al desarrollo de proyectos revolucionarios de superación del régimen de propiedad privada y de las relaciones de producción capitalistas, sobre todo en las localidades con predominio entre la clase obrera de tendencias sindicalistas libertarias y anarquistas. Comienza así la gran pugna ideológica sintetizada en la cuestión *¿Reforma o Revolución?*, que va a atravesar toda la guerra de España como un factor de división entre las organizaciones obreras comunistas y anarquistas, incluso en el interior de cada una de ellas.

Un buen ejemplo de la rápida organización de colectivizaciones lo ofrece el testimonio de José Torremocha, líder sindical libertario nacido en 1909, curtido en las fuertes luchas obreras del periodo anterior a la República y durante el mismo régimen republicano. Tras el mantenimiento del pueblo de Navas de la Concepción (provincia de Sevilla, pero vinculado territorialmente al sector de Sierra Morena del término de Hornachuelos) en manos del Frente Popular sin derramamiento de sangre, fue el responsable de la implantación de medidas revolucionarias en el sistema productivo agrario, así como del mantenimiento ejemplar del orden y del respeto a las vidas de los elementos derechistas, hasta la caída de la localidad en poder de las fuerzas de Queipo de Llano, a finales de Agosto del 36.

Nací en el año 1909, hijo de campesinos, en un pueblecito de la Sierra Norte de Sevilla. Según mi madre, Rosario, estoy en este mundo desde las cuatro horas de la madrugada del 20 de marzo de 1909. Las Navas de la concepción eran entonces un pueblo donde los caciques, los terratenientes y el clero dominaban el 95% de la propiedad rural. Los habitantes del lugar sobrevivían como buenamente podían al servicio de los poderosos. Mi familia no era una excepción de esta regla, y seguramente esta fue la causa de que mi padre, Pedro, creciera en una choza situada en las afueras del pueblo, y con los años y las injusticias despertara en él una conciencia social que nos inculcó a nosotros; cuando apenas contaba yo nueve años se presentó en la casa con tres carnets de la CNT, el sindicato que acababa de forjarse a partir del Congreso de Solidaridad Obrera, rama española de la Primera Internacional de Trabajadores.

En los años anteriores a la Republica, no existían bases ni convenios de ningún tipo para el campo, la aceituna por ejemplo, que no se pagaba mal, la cogían los propios hijos de los señoritos pobres –gente propietaria, pero con poca tierra-, de los encargados, de los pelantrines...gente que para nosotros eran los amos, pero que en realidad servían a los auténticos dueños de la tierra; esta gente tenían a sus propios hijos semianalfabetos, trabajando en las mejores faenas desde chicuelos, hasta que llegaban a los 25, 26 o 27 años. Ya en la Republica nos organizamos para que se cumplieran las bases de salario para las faenas del campo, yo mismo hice unas bases para que cogiéramos la aceituna todos.

Con 17 y 18 años, participaba ya en las reuniones que el sindicato organizaba, y a las que se sumaban cada vez más personas; En el 27 y el 28 se dieron grandes huelgas en la aceituna. Antes, en el 26 o el 27, se celebró en Cazalla de la Sierra una Conferencia de todos los pueblos de este contorno –de Constantina, de las Navas, del Pedroso, de Alanís, la Puebla, Hornachuelos, de toda esta parte de Andalucía para tratar el tema de

la aceituna. A mí me habían mandado recado los compañeros de allí y había que estar allí a las nueve de la mañana; yo tenía miedo de que en mi casa no me dejaran ir , yo me acosté pronto, a las diez estaba en la cama, pero ¡hostia! no me dormía , así que cuando vi que mis padres se habían dormido me salí con mucho cuidadito , me puse un pantaloncillo y unas alpargatas fuera para no hacer ruido, y a las doce de la noche salí del pueblo hasta Constantina para ir a Cazalla, caminando, por los caminos y por el monte, así que llegué a Cazalla y aun no se había comenzado a hablar.

Cuando llegué allí a las nueve en punto, el estar allí me produjo una sensación...muy agradable cuando me vieron entrar noté la solidaridad me abrazaron unos cuantos, sentí como se alegraban todos de verme y de verse unos a otros, los compañeros me saludaban “¡me cago en la hostia, has venido! “¡ ya sabíamos que tu no ibas a faltar, y aquí estás!” , hombre , claro, no podía faltar, yo era un aceitunero también.

La primera lección que recibí yo aquí fue cuando llegaron los delegados , porque a cada reunión que teníamos venía un delegado del gobierno, para saber lo que se trataba, y entonces El Francés –que le decían a un chico de Cazalla- me produjo una impresión tremenda, porque al abrir la sesión por la tarde, recuerdo que era una sala grande, pues había dos señores vestidos de negro, bien trajeados, en uno de los lados de la sala, y fue entrar el francés y decirles “¿ustedes que hacen ahí, que hacen ahí, les digo? y los otros, “hombre, pues somos representantes del gobierno” , “pues ya pueden ustedes bajar de prisa, porque si no , lo van a hacer rodando y a trompicones” , los dos señores , sin decir palabra, salieron de la sala; era la primera vez que yo veía dirigirse un obrero con tanta autoridad a unos representantes del gobierno, entonces me di cuenta de la fuerza que daba a los trabajadores organizarse y unirse. Más tarde lo mataron estando conmigo, en la sierra en el frente de guerra y el padre se quedó manco; cenamos juntos la que fue su última noche, estaba muy serio y yo le dije “¿qué te pasa, por qué estás preocupado?” y él “pues mañana me matan, estoy seguro”.

Cuando ganamos las elecciones de Febrero, en el mes de marzo, como que el tema del trabajo era paro permanente, decidimos cinco o seis familias ocupar algunos trozos de una finca propiedad del marqués de Torralba. No para sembrar, que no era época de siembra, ni podíamos esperar un año que el trigo creciera –los ciervos se iban a comer todo lo que creciera, éramos conscientes de que nos quedaban pocos meses para trabajar, porque la tormenta se aproximaba.

Y llegó el día en que nos sorprendió la sublevación militar; Yo estaba cazando el día 18 de Julio de 1936 en la finca de Torralba, a ver si dejaba un buen bicho en casa, que era un gran coto de caza junto con el Águila y otras grandes propiedades, un joven segador de Hornachuelos de los que estaban trabajando en el Cabril, arriba, en las Planas segando el trigo, corría sobre el mediodía para su pueblo lo paré y me dio la noticia, “¿dónde vas tan corriendo, muchacho?” dice “no, es que en África creo que los militares se han sublevado” ; yo enseguida pensé “hostia, se acabó la caza” , salí pitando de vuelta y ya, mientras que saltaba entre las piedras y los matorrales atrochando , iba dándole vueltas a la cabeza sobre qué hacer ante lo que se nos venía encima. Aquella misma tarde, el 18 por la tarde, hubo ya movimiento en el pueblo de los fascistas, pero un grupo de cuatro o cinco jóvenes del sindicato libertario le rompieron la cabeza a Pedro Mena –cuyas nietas viven ahora por aquí cerca- de una

pedrada, le hicieron sangre y los fascistas se asustaron, se metieron en sus casas aunque seguían organizándose y preparando la toma del pueblo. Yo, desde que hablé con aquel chico, podía haber llegado en tres o cuatro horas a las Navas, saltando y cortando por el monte como ya he dicho, pero no, antes de empezar a correr esperé un poco y así entre ya de noche en el pueblo; las calles estaban vacías, no había nadie, todo el mundo asustado por el jaleo que había ocurrido durante la tarde.

Bien entrada la noche llegue me acerque al cortijo donde estábamos instalados y mi joven mujer se abrazó a mí llorando, repitiendo de forma entrecortada “te van a matar, te van a matar, te van a matar..”, yo como pude le dije “bueno, de momento estamos vivos, tú y yo, así que déjate de tanto llorar, y, mira, cierra la puerta, si no me oye a mí hablar, no abras a nadie, yo voy a ver cómo está la cosa, volveré en cuanto que pueda”. El día 19 de Julio, por la madrugada, le dije: “cierra la puerta y no abras a nadie, salvo que me oigas mí”. Aquella madrugada me dediqué a llamar a las puertas que sabía me abrirían. Primero fui a ver al señor alcalde Antonio Arias que era socialista, el dueño del molino Arias, un hombre con algunas tierras, pero no de los ricos del pueblo. Padrino de mi boda a petición suya, Piqué en la puerta y él me abrió, cuando me vio por poco se desmaya, tuvo una reacción que yo no esperaba: se abrazó a mi cuello diciendo a mí llorando: “Joseito, Joseito, Joseito, no hagáis nada, ellos tienen todo de lo que nosotros carecemos no podemos hacer nada,”. Habían venido dos días antes unos diputados socialistas a avisarle de que no se moviera nadie si pasaba algo, que estuviéramos quietos “porque ellos lo tienen todo y nosotros no tenemos nada”, y yo, ante esto le dije “pero ¡me cago en la madre que los parió, que hace el gobierno entonces!, yo me desesperaba, me comía los puños, pero no había nada que hacer. Yo le respondía “Antonio, estás equivocado, estáis equivocados...¡el fascismo no perdonará a nadie!, si nos quedamos mirándolos nos sacarán de nuestras casas, nos fusilarán en las calles para que la gente se acojoné, se acobarde ¡ese es el fascismo! ¿es que no os dais cuenta?...” pronto me di cuenta que no había allí nada que hacer; el alcalde estaba cada vez más nervioso y al final casi me da con la puerta en las narices. Lo último que le dije, antes de cerrarme la puerta fue “¿qué queréis, meteros en vuestra casa a hacer el testamento?”. El señor alcalde se liberó de mi presencia cerrándome la puerta, metiéndose en la cama o sentándose a redactar el testamento que su amigo diputado le aconsejara. Afortunadamente, ni el diputado ni el alcalde eran los únicos socialistas del pueblo ni mis compañeros me cerrarían las puertas. A las tres de la madrugada salíamos a la calle un grupo de compañeros dispuestos a jugárnoslo todo, pero bien despiertos. A las ocho de la mañana el pueblo estaba momentáneamente en nuestro poder, éramos libres sin haber derramado una gota de sangre.

El enemigo espera cualquier oportunidad que le demos para aplastarnos; ellos lo poseen todo, por eso os pedimos que nadie se mueva”. Esto nos decía un diputado del partido socialista desplazado a los pueblos de Sevilla, para una vez más aconsejarles sumisión a los poderes. ¿Qué pensaba yo ante esta situación? pues que el gobierno de la República no se enteraba de nada o no quería enterarse. Don Manuel y sus camaradas ministros prefirieron dejar paso franco a sus generales facciosos que dar armas al pueblo para su defensa. Así son todos los gobernantes, todos los gobiernos: temen al pueblo, porque este nunca llega a saber hasta dónde llega su poder.

Ni el alcalde ni el diputado socialista dieron la cara hasta dos días más tarde, como dos conejos asustados. Pero a partir de entonces, ni alcalde, ni diputado, ni guardias ni

serenos: pensamos que había llegado la hora de administrar las cosas que el pueblo no poseía. A las once, fueron invitadas todas las fuerzas vivas en el Ayuntamiento para buscar de la mejor forma posible los remedios para los muchos problemas que nos habían caído encima. Así se unieron –sin sus jefes- socialistas, republicanos y los dos comunistas que había en el pueblo, junto con los confederales, los más numerosos. Administración, distribución...el pueblo tenía que comer todos los días. La recogida de la cosecha, cuidar el ganado, prestar solidaridad a los pueblos cercanos que la necesitaran. Así, sin pérdida de tiempo, se nombraron todos los cargos, y se aceptó que el secretario del sindicato era la persona más adecuada para presidir el comité.

Antes del anochecer ya había trigo en la fábrica y harina para que en las panaderías no faltase esta materia prima esencial. En poco tiempo, estuvo todo en marcha, con la colaboración de muchos trabajadores. El pueblo, carente de toda autoridad impositiva, hombres y mujeres, resolvieron los problemas sin herir susceptibilidades de quienes hasta dos días antes, habían sido sus dueños y señores, poseedores de toda la riqueza que con nuestro esfuerzo habían acumulado. Por un momento nuestros sueños se estaban realizando, ¿hasta cuándo?.

La gente del pueblo, asustada y muy preocupada por los incidentes del día anterior, esperaba con temor el comienzo del nuevo día. La tranquilidad que se anunciaba era la mejor diana que sus oídos habían escuchado. Entre ellos había algunos trabajadores, que según decía “no sabían nada”; aunque no los creímos, no fueron detenidos. A las diez de la mañana supo el pueblo que era totalmente libre.

Enseguida retomé el camino, ya sabía a dónde tenía que ir; conocía las casas de algunos compañeros decididos, y allá me dirigí. La sede del sindicato estaba vacía, como era de esperar; la gente estaba encerrada en sus casas ¡todos en sus casas!, y así fui picando en las puertas de estos compañeros, y cuando ya nos juntamos ocho o nueve, marchamos a la casa de Bautista, un catalán que tenía una tienda de ropa aquí importante, y además era el que vendía cartuchos y escopetas de caza. Uno imitó la voz del sereno y cuando el hombre abrió la puerta y se encontró con el grupo de ocho o nueve hombres, se asustó de verdad “¿qué pasa, que pasa?”; nosotros lo tranquilizamos como pudimos y le dijimos “no pasa nada, no te preocupes, sólo nos vas a dar todos los cartuchos que tengas y todas las escopetas, te las vamos a pagar hoy, o mañana, o pasado, pero te las pagaremos todas. Yo sabía que esas escopetas, a la hora de la verdad, no iban a servir de nada, porque las escopetas no son armas de guerra, sirven para matar perdigones y conejos, nada más, pero por lo menos hacían bulto, nos daban confianza. Seguimos así a otra casa, y a otra, a otra...y cuando nos juntamos ya dieciocho o diecinueve hombres, jóvenes y dispuestos a jugárnoslo todo, quedaba lo más difícil: había que ir a las casas dónde sabíamos que estaban los comprometidos con la rebelión fascista.

En nuestra búsqueda en casa de los señores Bermejo que eran cuatro hermanos...sobre todo los tres pequeños muy de derechas, al vernos se alborotaron, uno de ellos apareció con una pequeña caja de caudales, pero sin atreverse a decirnos nada. A mí me dieron ganas de darle una patada a la caja y a ellos, les dijimos “iros a la puta mierda, nosotros no queremos dinero, queremos saber dónde están las armas y las cosas que habéis traído aquí, para jodernos a nosotros ¿dónde están?”; nos repartimos todos y pronto llegamos a mirar a los montones de trigo que tenían en un granero detrás de la casa, escarbó uno en la base de la montaña de trigo a los dos minutos teníamos en

nuestras manos un tubo brillante de acero, con una tapadera a rosca. Lo abrimos y allí estaba la lista con todos los nombres de los complicados en la sublevación fascista su cargo y documentación que luego nos facilitó el trabajo de las detenciones. Las armas no las encontramos nunca, aunque sabíamos que había llegado de Constantina un porte con pistolas, porras y puños de hierro, unos anillos con pinchos que se colocaban en las manos y podían matar a un hombre. En la lista había unos cuantos falangistas conocidos, señoritos de pueblo, unos desgraciados que sólo se ocupaban de comer y beber bien, pasear con su caballito todos los días...también estaban los nombres de dos trabajadores del pueblo, aunque luego nos juraron que no sabían nada, que los habían colocado allí sin saberlo...pero sí que lo sabían, porque después se quedaron y lucharon toda la guerra con el bando rebelde, ya han muerto los dos. No les hicimos nada a nadie, sólo los detuvimos unos días, a todos menos a los dos trabajadores comprometidos, porque al fin y al cabo eran de nuestra clase e intentamos que se sumaran a lo que comenzábamos a hacer.

Con este golpe de suerte, pues ya está. Nos fue muy fácil ya por la mañana temprano, ir recorriendo el pueblo, convocar a toda la gente en el Ayuntamiento; en ese momento, todos seguían asustados en sus casas, y los seis guardias civiles se habían largado de madrugada para reagruparse en los pueblos de la Vega del Guadalquivir cuando vieron que allí en las Navas no se movían los pocos falangistas que había. Ni civiles, ni municipales, ni serenos ni nadie ¡el pueblo quedó dueño absoluto de todo! .

A las ocho de la mañana se comunicó al pueblo que ya podían levantarse, que estaba todo arreglado; ¡Al Ayuntamiento todos! esa era una acción indispensable, y allí nos reunimos todas las personas que tenían algo que decir; unas sesenta o setenta personas ¡todos los que quisieron venir . Empezó la asamblea y yo tomé la palabra “bueno, compañeros, aquí estamos todos reunidos para organizarnos, nos ha caído encima una tormenta que no la queríamos, pero que está aquí, y ahora tenemos que hacer frente a la situación, tenemos que recoger la cosecha, tenemos que distribuir alimentos, arreglar esto y aquello...hay que nombrar delegados para que ocupen cada uno su lugar y se encarguen de cada tarea, hay que hacer un inventario de las existencias que tenemos para que el pueblo pueda comer inmediatamente...”

Todo se hizo con prontitud, los trabajadores demostramos que podíamos organizarnos y hacer funcionar las cosas, sin nadie que nos obligara. Para aprovisionar al pueblo, no había nada mejor que coger las cosas donde estaban, el trigo lo acabábamos de recoger, sabíamos dónde estaba almacenado, conocíamos las fincas que tenían ganado, las cabezas que había...¡si nosotros éramos quienes producíamos todo!. Lo siguiente fue nombrar dos delegados para el economato, que se instaló en las naves de la iglesia del pueblo y dónde se concentraban todos los alimentos; otros dos que con un camión se dedicaban a prestar ayuda a pueblos cercanos que la necesitaran , pasándole víveres si lo necesitaban, como la Puebla de los Infantes, Constantina...todos los delegados que había que nombrar, unos para vigilar esto, otros para cuidar de la ganadería, porque la ganadería era nuestra despensa, otros para terminar de recoger la cosecha. Bueno, pues después de nombrar los delegados se planteó que alguien tenía de alguna manera que coordinar aquello, estar al tanto de las necesidades de unos y de otros...y alguien me dijo “bueno, tú eres el secretario del sindicato, estás en mejores condiciones para encargarte de organizar todo esto ¿de acuerdo , de acuerdo todos? pues ya está” , y así comencé mi tarea, dirigiéndome a los delegados, que iban siendo nombrados por la

gente : “muy bien, pues venga, tú a tal finca, y tú las cuentas del economato, cada uno a su sitio...” y lo hicieron muy bien, todos muy bien.

En esto de recoger la cosecha se dio un caso muy curioso, muy curioso y muy bonito. Resulta que los diez o doce chavalitos , de diez o doce años iban a recoger los garbanzos que había que arrancar a mano; a la vuelta, con las manos peladas, se juntaron frente a la Iglesia , en un espacio grande que hay delante y dijeron “nosotros estamos ya cansados de arrancar garbanzos, y el curita este con treinta y cuatro o treinta cinco años que tiene, ahí siempre encerrado...¿no os parece que debería estar arrancando garbanzos con nosotros? , y sin consultar con nadie entraron unos cuantos chavales a la Iglesia y le dijeron al cura lo que querían, y el cura se ofreció sin problemas “sí, sí, yo voy a arrancar garbanzos con vosotros, venga” . Al día siguiente me encuentro por la tarde al cura en la puerta del comité , y me dice, medio llorando “señor Torremocha, mire mis manos, por favor...” , yo, que no sabía nada vi que tenía las manos llenas de ampollas, medio ensangrentadas y le pregunto “¿pero dónde ha estado usted?” , y él “he estado arrancando garbanzos” , yo le dije “¿y le han tratado a usted mal?” , “no, si me han tratado muy bien, pero yo no puedo...mire usted mis manos, yo aquí con usted puedo hacer un buen trabajo , anotando lo que haga falta , llevando las cuentas en la Administración”, digo “mire señor, aquí no hay nada que hacer porque hay ya catorce o quince hombres distribuidos, encargados del campo, del pueblo y del ganado, todo está administrado, y le voy a dar un consejo como un amigo, usted aquí no le conoce nadie, es usted un hombre joven, puede usted ir a dónde le dé la gana, con la condición que deje los hábitos, porque nosotros no tenemos nada contra usted, sino contra lo que representan esos hábitos que lleva” ; el cura entonces me dijo “quítame usted el corazón, pero no me quite los hábitos” , digo “hombre, no le voy a quitar el corazón ni los hábitos, le estoy dando un consejo que me parece prudente, usted es un ciudadano como otro cualquiera, pero salga usted vestido de persona”. El cura se volvió a la casa y no volvió a salir; como estaba el economato en la puerta de su casa, su hermana –decía eso, que era su hermana- bajaba todos los días a por lo indispensable. Por cierto que algunas mujeres llegaron al comité para quejarse del sitio donde habíamos puesto el economato, dentro de la iglesia, y yo les respondía “¿pero habrá un sitio mejor? ¿no estarán ahora los santos bailando de contentos viendo cómo se quita el hambre el pueblo , allí, en su propia casa. Pero los santos solo eran madera.

Los ricos del pueblo no reaccionaron ante este reparto de los bienes de ninguna manera, algunos porque no podían, otros porque también vieron que se les respetó, y que no hubo destrozos en las propiedades, creo que más de uno aceptaría por dentro que se estaba haciendo algo justo. Los propietarios de las fincas del término municipal eran casi todos de aquí, del pueblo, estaban los hermanos Sánchez, José , Enrique , Antonio y Manuel , que concentraban la mitad de las posesiones del pueblo y tenían alquilada el Alta, que después compraron, junto con la Loma y la Mata; estaban los Bermejo , que eran los que he mencionado antes, dónde encontramos la lista de los sublevados, los Repiso, que tenían la finca de la Venta, que llegaba hasta Constantina...en fin, todos de aquí y aquí se quedaron, metidos en sus casas. Estos propietarios rurales eran completamente analfabetos, no hacían más que comer carne y tocino, jugar a las cartas...después han venido aquí, pasados los años, a verme al pueblo dos hijos de los Sánchez a preguntarme sobre su familia, y yo les dije “es muy desagradable esto que me pedís, porque ¿qué puedo decirles yo de vuestra familia? no puedo contaros que fueran personas que aportaran nada, o que compartieran algo con los demás, sólo atesoraban con el esfuerzo de los demás, como todos los señores que

había aquí, su abuelo , su otro tío, lo que conseguían al acabar el año era a base de explotar a los diez o doce hombres que tenían trabajando para ellos, pagándole una miseria, dos pesetas y cincuenta céntimos, y ni siquiera eso a los que contrataban para una temporada. Tened en cuenta que vosotros habéis estudiado –uno era médico y la otra estaba estudiando una carrera-, pero vuestros abuelos eran ignorantes, completamente ignorantes, pero con el látigo en la mano; no pensaban más que en engordar muchos cerdos para luego cobrar miles de duros cada año.

Aquí no hubo ninguna violencia, solo mataron a uno de Constantina, y fue antes de que se organizará el comité, nosotros lo supimos cuando ya había pasado. Era un falangista de Constantina, que estaba encargado de traer al pueblo algunas pistolas, informes de Falange, algunas porras de esas de goma, con el mango flexible y que te echaban al suelo de un porrazo, y esas llaves alemanas con cinco pinchos. Lo detuvieron a la entrada del pueblo y pusieron de guardia con él a un chaval, con la orden de no tocarlo. Parece que el detenido, que era un hombre conocido por el desprecio con que trataba a los trabajadores, comenzó a insultar al que lo custodiaba, recordándole cosas de su padre, a quién había echado en más de una ocasión del trabajo, y el joven perdió los nervios y lo mató. A mí me quisieron condenar a muerte por este hecho, cuando me detuvieron en el 57, después de estar en Barcelona y Francia varios años, pero me salvó el testimonio del médico forense que en el treinta y seis vivía en el pueblo.

Cuando murió este falangista fue este médico, D. Eladio, a mi casa, reconoció el cadáver y se enteró de todo lo que había pasado. Yo llevaba tres noches sin dormir , ni comer casi, nada más que hablando, tenía que hablar al pueblo todos los días; al principio todas las tardes había que dedicar más de dos horas desde el balcón del Ayto. explicando por qué no se podían hacer ciertas cosas “esto y esto debemos cuidarlo entre todos, no se pueden matar animales porque dependemos de ellos...” ; en ciertas ocasiones algunas mujeres del pueblo se pasaban con las señoras; por ejemplo la leche llegaba desde siempre por cantaras a las casas de las señoras, y estas disponían como querían de la leche, la bebían o la vendían o hacían quesos , pero en aquellos momentos la leche se distribuía toda desde el economato, en una fila única en la que había que ponerse todo el mundo, mujeres del pueblo y señoras ¡las clases se habían terminado! y allí se distribuía equitativamente después de haber atendido a los niños, los enfermos y los ancianos. Pues una señora, mujer de uno de los más ricos del pueblo, viene a por la leche; claro, la mujer, no acostumbrada a soportar colas, vestida como una señora, se impacientó, y una de las mujeres de alrededor, con gracejo, le dijo “¡Dña. Simona, le molesta hacer cola? ¡ahora ya somos todos iguales, así que a aguantarse, que más hemos aguantado nosotros!”. Ella agachó la cabeza, no dijo una palabra, pero otra compañera de la cola dijo “a los vencidos, compañeros y compañeras, hay que respetarlos, precisamente porque ya están vencidos”. Este fue uno de los pocos roces que se dieron entre el pueblo y los ricos, pero de ahí no pasó la cosa, no, no. Luego todo eso se hablaba en el Ayto. para que no se repitiera.

Dinero no había, ni vales ni ningún tipo de moneda. La carne, el pan, el arroz, el aceite... todo. Había dos carniceros y tres panaderos en el pueblo, se mataban cada día dos o tres cabritos, algún cordero; lo que no podíamos hacer era por ejemplo, lo que ocurrió el primer día, que se mató un ternero de doscientos kilos para comerse uno de sus jamones asados y desperdiciar el resto. Esto se cortó rápidamente; luego había un problema más difícil de arreglar, y es que no podíamos tener el mismo rasero para todos a la hora de distribuir la carne, el pan o la leche, pero tampoco podíamos saber –

en aquellos días apresurados, sin tiempo casi para responder a otras dificultades que aparecían a cada momento- que necesitaba realmente cada familia, sus necesidades de verdad. Este problema se manifestó de golpe con la distribución del pan; muchas mujeres se llevaban sus cuatro o cinco panes semanales de a kilo, lo que se comían entre padres, hijos y abuelos, pero otras pedían pan sin tasa, a lo mejor porque nunca antes en su vida habían podido disponer de esa abundancia; el caso es que los panaderos del pueblo –Eduardo Macías, Juanito el panadero, Carmen Valvesvinieron a hablar conmigo y a denunciar que era imposible que el pan que estaban amasando se consumiera, que el pan se estaba tirando y que, por favor, debíamos hacer algo. Yo, para recordarles el tiempo de atrás, les dije “no, ustedes no han pensado que el pueblo no ha comido nunca el pan que necesitaba”. Se quedan mirándome y dice uno “sí, señor José, sí hemos pensado, sí, pero es imposible que se coman el pan que ahora se amasa”; yo acabé la reunión diciendo “bueno, ustedes sigan amasando, sigan amasando para que el pueblo coma, que nosotros vamos a investigar, no se preocupen”. Enseguida encargué a varias personas, para que miraran en la basura, a ver lo que se encontraban, empezaron a salir trozos de pan grandes y aquello se cortó rápidamente. Las propias mujeres tuvieron una reunión en Ayto. y ellas mismas solucionaron el problema, hablando unas con otras; a partir de ahí, muchas mujeres llegaban al economato y decían “dame un sólo pan, porque aún tengo otro de ayer y hay que aprovecharlo”.

El dinero no se utilizaba, y no había diferencias en lo que recibía cada uno por su trabajo. El que cuidaba el ganado, o llevaba el camión, o arreglaba alguna casa... todos tenían lo que querían y si alguno echaba algunas horas más que otro, pues no pasaba nada, era porque se necesitaba. También debo decir que en aquellas pocas semanas que controlamos el pueblo había muy pocas cosas que hacer en el pueblo, los trabajos habituales habían cesado por la época del año en que estábamos, ya se había recogido el trigo, la siembra no había llegado, ni la aceituna... no había casi nada que hacer. Bastaba con una administración muy bien regulada de todo, y eso sí estaba resuelto. Además, el tiempo no daba para nada, la tormenta estaba en el aire y todos sabíamos que aquello era provisional, con aquel gobierno de Azaña no teníamos nada para hacer frente a la situación. Si el gobierno de Azaña y Caballero hubiera reaccionado, los rebeldes no hubieran pasado de Cádiz, porque todos esos pueblos de abajo, Jerez, Coria, Arcos... estaban muy bien organizados, habían gente dispuesta a todo, que murieron sin poder defenderse. El problema venía de antes, con la muerte de los dos capitanes republicanos (Fermín Galán y García Hernández, 1930), que había coplas que ya cantaban los niños:

*Dieron Galán y García Hernández
un grito de libertad;
triunfó el trono y la corona
y el pueblo vino a traer
La República Española.*

Nosotros sabíamos, todos, que aquella situación no podía durar. Queipo de Llano, ese hipo puta que engaño a todo el mundo porque salió a la calle con banderas republicanas, gritando “¡viva la República” . Los mineros de Riotinto vinieron en ayuda de Sevilla, preparados con cartuchos de dinamita, pero les prepararon una encerrona y los mataron a todos, ninguno regresó vivo a Riotinto. El mismo Queipo de Llano lo dijo “primero limpié lo de dentro, los barrios de Sevilla, y después lo de

fuera”, así fue ocupando y matando, pueblo por pueblo, y así se plantaron cerca de Constantina, desde el Guadalquivir para arriba.

El 11 de Agosto rompieron los fascistas el débil frente que como podíamos se levantó en la línea de la sierra, y las tropas que habían desembarcado en Cádiz, con los cuarenta mil moros que habían levantado desde Marruecos, penetraron por la carretera de la sierra. A los moros los trajeron engañados, les prometió Franco dinero, comida y mujeres, y después les pagaron dejándoles violar a las mujeres de los pueblos donde entraban ¡esos eran los nacionales que defendían a España!; luego, en los frentes de Madrid, nosotros hicimos prisioneros a muchos moros, y todos nos decían “¡dadnos de comer, tenemos mucha hambre, nos han engañado!”. Se lamentaban de que estaban mal atendidos.

Al día siguiente, el 12, comenzaron a dispararnos con ametralladoras pesadas desde las afueras del pueblo. Yo sabía que no teníamos nada para hacerles frente, que los grandes pueblos de Sevilla y Córdoba habían caído porque no tenían armamento para resistir ¡si a Franco, Mola y Sanjurjo los hubieran parado al principio, aprovechando toda la gente bien organizada de esas campañas, la guerra hubiera sido otra!. Pero en lugar de eso ¡en dos meses se plantaron los moros, la fuerza de choque, en Extremadura, en Talavera de la Reina...el 18, el 19 de Agosto los tenía yo ya enfrente en las sierras de Madrid!.

Yo salí de aquí, con sesenta hombres, el 12 de Agosto, y el 16 de Agosto ya estaba en Madrid, y el 18 estaba en Talavera de la Reina, armado con todo mi equipo. Los fascistas entraron aquí sin resistencia, eran moros y soldados del ejército acompañados de algunos civiles falangistas. Ya conocíamos que habían hecho ...salchichas con muchos dirigentes de los pueblos de Cádiz para acá... como a Vicente Ballester, un paladín de Cádiz, era mediano de talla, pero cuando se subía a la tribuna se hacía más grande que un castillo.

Así que dijimos “no vamos a morir aquí para nada, inútilmente, si seguimos vivos seremos más útiles, podremos seguir luchando”; nos salimos a las afueras del pueblo, por la parte norte, y conforme iban entrando moros y soldados disparando con ametralladoras nosotros nos retiramos buscando la sierra, y esto mismo hicieron muchas familias del pueblo. Mi mujer, mis padres, mi suegro...con otros muchos se vinieron con nosotros, camino de la finca de la Loma; allí recogimos a más gente, familias de rancheros, y seguimos por la sierra, siempre hacia la derecha, donde podíamos encontrar amigos que nos orientaran. El borrico que habíamos ganado con el carbón acompañó después a mi familia en la huida del pueblo, hasta Puertollano, donde tuvieron que dejarlo, junto con una yegua ya mayor –no servía para parir, pero estaba bien todavía para andar- que nos prestó un buen hombre de Extremadura, que tenía arrendada la venta del pueblo y con el que habíamos tenido buena relación. La yegua y el burro fueron las dos herramientas que salvaron la vida de mi familia.

Nosotros no habíamos matado a nadie mientras que estuvimos dirigiendo el pueblo, pero en cuanto que entraron los fascistas empezaron a asesinar gente. Algunos se salvaron porque precisamente las primeras horas de la ocupación ya mataron a dos o tres que eran gente más bien de derechas, pero gente buena, los Polvoristas –Carlos

Andrés y Antonio Andrés- que eran dos hermanos cuñados de los Sánchez , una familia de propietarios del pueblo. Al matar a esta gente, muchos se asustaron y pensaron “si estos están matando a los suyos, ¿que nos van a hacer a nosotros?” y así se escapó mucha gente. Hasta se decía que eran las dos mejores muertes que se habían producido, porque sin querer salvaron a mucha gente. Lo comentan algunos “gracias a la muerte de los Polvoristas, nos hemos salvado muchos, hemos escapado”.

A pesar de esto hubo una tremenda represión.

En resumen, la reacción de las fuerzas obreras y republicanas –a falta de la presencia del ejército gubernamental en toda esta fase inicial de la guerra- permite la recuperación y la aparente consolidación del poder del Frente Popular en todo el Valle del Guadalquivir al este y oeste de la capital cordobesa, así como en la región geográfica de Sierra Morena. Sin embargo, entre Agosto y Diciembre del 36, todas estas localidades caen como un castillo de naipes en manos del ejército rebelde, desencadenándose con la ocupación la brutal violencia que llevo a miles de familias a huir buscando el norte republicano de la provincia. ¿Qué factores provocaron este rápido derrumbamiento de las posiciones republicanas al este y oeste de Córdoba? Podríamos enumerar tres como posibles claves:

1.- El éxito del puente aéreo entre el Marruecos español y la Baja Andalucía, controlada por los franquistas, que permite transportar en modernos aviones de carga de la época (Savoia del fascismo italiano y Junkers del nazismo germánico) las más aguerridas tropas de choque con las que contaba el ejército español de la época, y algo más tarde miles de efectivos de tropas indígenas que fueron carne de cañón en las ofensivas rebeldes. Este hecho, unido al mantenimiento de comunicaciones abiertas entre Sevilla y Córdoba permiten reforzar las guarniciones y fuerzas militares sublevadas en estas dos ciudades, permitiendo así el paso a la ofensiva a partir de agosto y la toma de las poblaciones situadas en el eje del Guadalquivir. Como ejemplo, en Córdoba no aparecen los primeros refuerzos procedentes de las fuerzas coloniales hasta el 23 de Julio a las 10 de la noche: una sección de la quinta Bandera del Tercio, procedente de Sevilla, que entran en la ciudad cantando “El Novio de la Muerte” entre el delirante entusiasmo de los derechistas cordobeses. El 25 llega otra sección de la misma Bandera del Tercio, más una compañía del II Tabor de Regulares de Ceuta y escuadrón del mismo grupo, con convoy de armamento y munición. Durante los días siguientes siguen llegando a Córdoba fuerzas de Regulares de Ceuta, y son precisamente estos efectivos moros los que ocupan la localidad de Villafranca el 26 de julio. Todas las localidades republicanas al Oeste de Córdoba, desde Palma a Villarrubia, quedan así expuestas a un doble frente de creciente capacidad de ataque: las fuerzas franquistas provenientes de la provincia de Sevilla y las que presionan desde la propia capital cordobesa.

2.- El fracaso de la anunciada ofensiva para la toma de Córdoba del general republicano Miaja que se produce el 20 de Agosto del 36, con cinco direcciones confluyentes pero que no logra ninguno de sus objetivos militares. A partir de este momento, la iniciativa en la contraofensiva pasa a manos del ejército sublevado, hasta la organización de la ambiciosa operación de ocupación de todo el Valle del Guadalquivir en dirección a Jaén y Despeñaperros. Mientras que el factor anterior fue determinante en toda el área al Oeste de Córdoba, en el caso de los pueblos al este de la capital –desde Alcolea a Montoro y Villa del Rio- es el avance de la ofensiva de Diciembre lo que supone la caída en manos fascistas, ya de modo definitivo hasta el final del conflicto.

3.- El estado de desorganización y debilidad de la parte del Ejército que se mantuvo leal a la República, sobre todo en lo que hace referencia a la cadena de mandos intermedios y a fuerzas con capacidad ofensiva dotadas de armamento moderno. Aunque desde el punto de vista cuantitativo la división entre leales y rebeldes fue aproximadamente del 50%, la diferencia cualitativa entre ambas formaciones militares era muy acusada, ya que las unidades más aguerridas, profesionalizadas y mejor dotadas técnicamente se encontraban en el Norte de África. Las reiteradas y angustiosas llamadas a los Estados Mayores del Ejército republicano no fueron ni podían ser atendidas, y en esta situación poco podían hacer las columnas de milicianos pobremente armados contra unidades profesionales y con experiencia de guerra. No olvidemos que el proceso de militarización de las milicias populares que desembocó en la creación con fecha 16 de Octubre del 36 del mando único del Ejército fue lento y lleno de dificultades políticas y de resistencias de ciertos sectores vinculados al anarquismo libertario. En lo que atañe al proceso de militarización de las Milicias cordobesas fue sin duda lento, y no culmina hasta enero y febrero de 1937, con la creación de la 73ª y la 74ª Brigadas Mixtas, la primera con fuerzas de milicias del norte de la provincia, la segunda con efectivos del Batallón “Villafranca” entre otros. Cada Brigada estaba formada por cuatro batallones.

Debido a estos factores y a otros que no hemos analizado, como el alineamiento de la Iglesia Católica con los facciosos presentando la sublevación como un deber de caballeros cristianos alzados en cruzada contra el comunismo ateo y la barbarie asiática, lo que da un halo de legitimidad moral a la violencia extrema desatada por los rebeldes, todos los núcleos de población situados en el eje del Guadalquivir caen entre finales de agosto (parte occidental) y los últimos días de Diciembre de 1936 para la parte oriental (el 24 de Diciembre caen Villa del río y Montoro, tras la toma de Villafranca y el Carpio el 22 y el intento de ocupación de Adamuz)

El 26 de Agosto fuerzas rebeldes provenientes de la provincia de Sevilla (Regimiento de Cádiz número 33), al mando del comandante Baturone asaltan la población palmeña, encontrándose con una decidida resistencia por parte de los campesinos en armas. La desigual lucha provocó varias víctimas en las filas atacantes y paralizó la entrada al pueblo durante todo el día 26, pero el resultado final no podía ser otro que la entrada a sangre y fuego de las columnas rebeldes en la localidad. Se produce así el primer éxodo en dirección a Posadas y Hornachuelos de muchos de los miembros de milicias y dirigentes de las organizaciones de izquierdas, quedando en el pueblo la mayor parte de la población que no había participado de modo relevante ni había dirigido las operaciones de defensa de la localidad.

Pero esto no evitó las sangrientas represalias de los vencedores. El ejército sublevado fue el brazo ejecutor, pero la voluntad instigadora por parte de los miembros de la oligarquía agraria, sobre todo del terrateniente Don Félix Moreno Ardanuy –que había llegado la madrugada del 27 de Écija con una columna militar rebelde ante la resistencia de la población de Palma- impulsó la terrible matanza de campesinos desarmados que tuvo lugar en un gran corralón, propiedad de Félix Moreno, donde más de 300 personas inermes cayeron bajo las ametralladoras, empujados y golpeados a culatazos por los guardias civiles. La acusación del terrateniente, por la que perdieron la vida cientos de jóvenes campesinos fue la de haber matado a ejemplares de su ganadería brava para alimentar a las familias de Palma durante el mes que el pueblo estuvo en manos del Frente Popular. El episodio revistió rasgos trágicos de inimaginable inhumanidad,

comparables a las escenas que más años más tardes se vivirían en los crímenes de guerra nazi en los campos de exterminio o en las ciudades ocupadas. El asesinato masivo revistió el carácter de una auténtica “*venganza de clase*” mostrando de modo descarnado que para las vieja oligarquía agraria la vida de un campesino rebelde ante la injusticia valía menos que una de sus reses.

La ocupación de Palma abre la llave al avance incontenible de las columnas franquistas en dirección a Córdoba, de modo que el 29 de Agosto cae Posadas y Hornachuelos resiste hasta el 7 de septiembre, en que es ocupado por una columna facciosa, asegurándose así el control de las comunicaciones por ferrocarril entre Sevilla y Córdoba. El pueblo de Almodovar había sido ya ocupada por fuerzas provenientes de Córdoba en los primeros días de Agosto. La consecuencia de la rápida ocupación de Palma, Posadas y Hornachuelos, más la ya producida de Almodovar fue una auténtica catástrofe humanitaria, cuya consecuencia inmediata, junto a los fusilamientos y detenciones de los que no pudieron huir, fue el éxodo masivo y espontáneo de cientos de familias obreras y campesinas, que con la urgencia impuesta por las circunstancias tuvieron que abandonar el hogar y los medios de vida para lanzarse por caminos de carne y veredas de la sierra en busca de la precaria seguridad de la zona republicana. Como afirma una de las mujeres entrevistadas en este libro, refiriéndose a Hornachuelos “*en el pueblo solo quedaron los señoritangos*”, certero testimonio que evidencia el carácter de “guerra de clases” que tuvo desde el primer momento la Guerra de España.

La única salida que les quedaba a los que huían era la subida a la sierra, que en estas fechas aún permanecía en manos del Gobierno de la República. Primero desde esta localidad y luego desde Posadas y Hornachuelos la masa de refugiados atraviesa la primeras estribaciones meridionales de Sierra Morena, para caer al valle del Guadiato y de allí llegar a Villaviciosa, donde son provisionalmente acogidos por las fuerzas republicanas y el propio comité de guerra del pueblo y generalmente bien alimentados, a pesar de la aglomeración de familias que llegaban exhaustas y hambrientas. De allí gran parte de los huidos continuaba camino –con los propios medios o ya utilizando camiones y vehículos gubernamentales- de la cuenca minera de Peñarroya-Pueblo Nuevo, también en manos republicanas hasta el 13 de Octubre. Desde Belmez o Peñarroya el destino final era Villanueva de Córdoba, donde la República acogía como podía con muy escasos recursos y la guerra acercándose a la localidad a los miles de refugiados. Desde Villanueva, familias enteras eran mandadas a la retaguardia profunda del territorio republicano, desde Albacete y Ciudad Real hasta Valencia, donde pasaron la guerra sin demasiadas estrecheces ni problemas. La caída de Villaviciosa el 8 de octubre, tras una batalla en toda regla con participación de artillería y aviación republicana y facciosa, corta definitivamente esta vía de escape hacia territorio republicano. El Ayuntamiento republicano de Villanueva ofrece la cifra de 16.000 refugiados en el año 1937, cuando ya habían caído todas las poblaciones cordobesas del norte y oeste de la provincia, incluyendo FuenteOvejuna que aportó una importante cantidad de huidos. Si tenemos en cuenta que Villanueva antes del inicio de la guerra contaba con algo más de 16.000 habitantes, podremos entender la enorme dificultad que tenían las instituciones republicanas para atender a esa masa de personas que duplicaron en pocos meses el número de residentes, máxime si consideramos que el frente de guerra se encontraba a pocos km. del núcleo urbano, y que los bombardeos aéreos franquistas, tanto en Pozoblanco como en la propia Villanueva, eran frecuentes. Se alojaron en Villanueva 18 comités de refugiados de otros tantos pueblos: Adamuz,

Pueblonuevo, Villa del Rio, Villaharta, Villaviciosa, Obejo, Villafranca, Posadas, Almodóvar, Hornachuelos, Belmez y Montoro, entre otros.

Para responder con los escasos recursos disponibles a esta situación de emergencia, en marzo de 1937, por orden del Gobierno Civil se formó un Comité Local de Refugiados, integrado por siete concejales, cuya función era atender las necesidades de los refugiados, confeccionar estadísticas y reunir datos sobre la evolución de la llegada y salida de refugiados. (Fuente, Moreno Gómez, 1986, pp. 32

La misma ciudad de Córdoba desde el 19 de Julio protagoniza su propia *desbandá*, esta vez no de campesinos, sino de sindicalistas, miembros de las organizaciones del Frente Popular y trabajadores de las industrias y comercios locales que habían secundado el movimiento huelguístico para intentar frenar el golpe ya desatado. Detenidos y fusilados en masa, los que pueden huyen por las faldas de la sierra de Córdoba buscando mayoritariamente la salvación en Cerro Muriano, a 20 km. de la ciudad y que se mantiene en poder de las milicias y unidades regulares republicanas hasta el 6 de Septiembre. La caída de Cerro Muriano y el control faccioso de la carretera hasta la estación de Ovejo y Villaharta (que cae al igual que Espiel el 10-11 de Octubre) impiden la desesperada huida de los cordobeses por esta vía, quedando más o menos abierta la vieja ruta de caminos carreteros de Córdoba a Villaviciosa por el poblado de Trassierra y las cuencas de los ríos Guadiato y Guadiatillo hasta llegar al Puerto de las Cruces. Unidades paramilitares y escuadrones de caballistas formados por señoritos y falangistas surcan la falda de la sierra en torno a Córdoba para capturar y devolver a la cárcel y al paredón a los que intentaban huir. En este *heroico* empeño sobresale la popular figura del rejoneador y caballista Antonio Cañero, quien se ofrece voluntario al coronel Cascajo y al propio Queipo de Llano para perseguir y detener rojos por la sierra. Las fuerzas golpistas premian con elogios y diritambos periodísticos esta forma de cacería humana, tal y como vemos en este “Romance de caballistas” publicado el 28 de julio de 1936 por Antonio de la Rosa, director del diario fascista *Guión*.

Allá va Cañero, el caballista, al frente de su escuadrón. Bien plantado en la silla, seguro de sí y de su buena gente. Tras él un puñado de hombres organizados militarmente y dispuestos a servir a España y dar su vida por ella. Sierra arriba, hondonada abajo... ¡Alto!...un grupo de gente allí, que huye al verlos. ¡A galope! Ensanchan las aletillas de la nariz las jacas ligeras y suenan los cerrojos de las carabinas. “¿Quién va?” Brazos en alto, preguntas “¿A dónde se va?” “De donde se viene?”

El escuadrón mandado por Don Antonio Cañero se planta en un alcor. Las gentes de miradas torvas huyen a la vista de los caballos. El enemigo se aleja. La parte de Sierra explorada queda libre de traidores.

Los pueblos al Este de Córdoba, especialmente Villafranca y Adamuz, tienen la salida natural hacia Ovejo y Villanueva de Córdoba a través de la cuenca del Guadalquivir (camino de Adamuz a Ovejo) o subiendo por la cuerda que separa esta cuenca de la correspondiente al río Arenoso por la sinuosa y estrecha carretera que une Adamuz a la entonces capital republicana de Córdoba. Más al Este, los habitantes de Montoro y Pedro Abad, tienen más cerca la fortificada y segura localidad de Andujar y el propio Jaén, aunque también pudieron huir hacia Cardeña a través de la sierra, que se mantuvo

en zona republicana hasta el final de la guerra. Desde Cardeña es fácil la llegada a Villanueva o tomar la dirección de Fuencaliente y Puertollano, retaguardia ya del territorio republicano. Tenemos así tres vías de escape (parte occidental hacia Villaviciosa, Córdoba capital por el Muriano y cuenca minera, zona oriental en dirección a Villanueva o Cardeña), que tienden a confluir como destino final en la provincia de Córdoba en la localidad de Villanueva, creando un gran problema de refugiados al que se intenta dar respuesta del modo al que aludiremos más adelante. (Ver mapa adjunto)

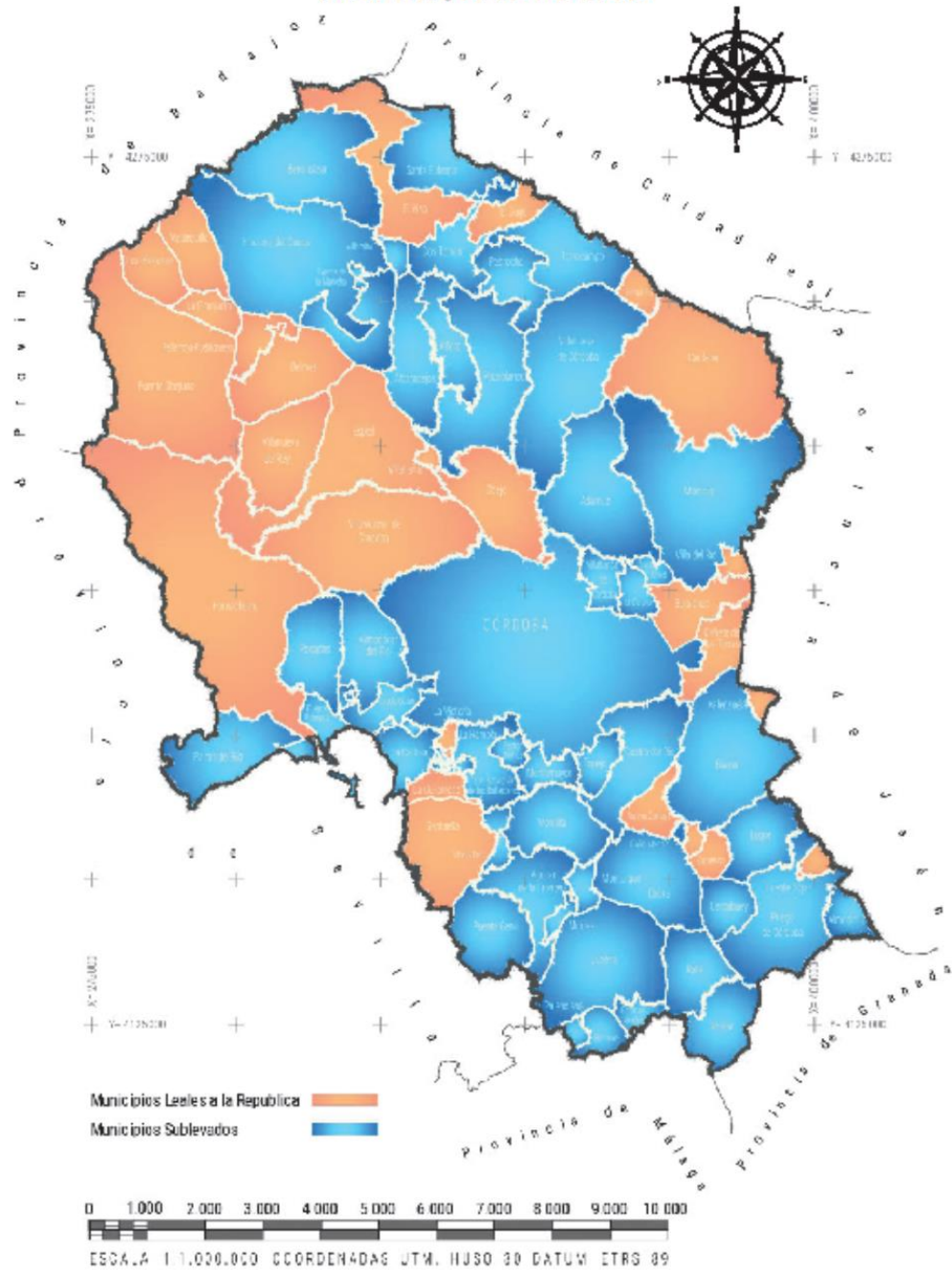
La certeza de lo que les esperaba por el solo hecho de pertenecer al campesinado sin tierra y de no haberse alineado directamente con los que en cada pueblo se sumaron al levantamiento el 18 de Julio, explica la decisión colectiva de huir de muchas personas y familias, pero su dimensión cuantitativa tiene que ver también –al igual que ocurrió en Málaga en febrero de 1937- con los episodios de terror generalizado sobre la población que los habitantes de los pueblos limítrofes conocían sobradamente. No solamente fue el inmediato fusilamiento masivo en Palma que acabamos de citar y que veremos relatado con escalofriante cercanía en los testimonios que más adelante ofrecemos. El genocidio iniciado en Córdoba el mismo 19 de Julio y continuado en el tiempo durante meses pudo llevar también a muchas familias de clase trabajadora a emprender la difícil huida hacia el Norte de la provincia controlado por las autoridades republicanas. Desde mediados de agosto del 36, cuando el comandante Luis Zurdo se convierte en jefe de Orden Público, los fusilamientos en masa de líderes republicanos y miembros significados del Frente Popular y de las organizaciones obreras se convierten en una sangrienta rutina que va a ser continuada a partir de fines de Septiembre por su sucesor en el cargo, el temido “Don Bruno”.

Esta *Desbandá* cordobesa, mucho menos conocida que la huida de febrero del 37 de Málaga a Almería (*la juía*, como aún se recuerda popularmente) pero también masiva y trágica, supuso la quiebra irreparable de muchas existencias que nunca volvieron a encontrar lo que dejaron atrás, ni trabajo, ni posesiones materiales, ni seguridad personal. Desde Palma, Posadas, Hornachuelos, Almodovar, Villafranca o Adamuz, los viejos caminos medievales y las vías pecuarias se llenan de refugiados, niños, ancianos, hombres y mujeres, perseguidos a veces por la caballería de falangistas y señoritos, desnudados por los potentes reflectores que desde la Vega de Córdoba iluminaban las faldas de la sierra, ametrallados por aviones fascistas al pasar el río Guadiato, cargados con lo que habían podido tomar en la pronta huida para la supervivencia inmediata, a pie o montados en las escasas bestias de las que algunas familias disponían...durmiendo al raso hasta llegar primero a Villaviciosa, a Peñarroya o a Cardeña, después al puerto seguro pero militarmente amenazado de Villanueva de Córdoba

Miles de mujeres y hombres campesinos que el 18 de Julio segaban la cosecha de los señoritos, cuidaban los ganados ajenos, recorrían con recuas de mulas y burros los caminos serranos, mantenían el hogar familiar, atendían a los hijos o trabajaban en haciendas y casas señoriales se encuentran bruscamente con un impuesto cataclismo humanitario y social que supone para siempre la quiebra del mundo que conocían y en el que luchaban y vivían. Víctimas del golpe y de la guerra, tras la huida y el exilio de tres años, se encuentran a la vuelta a sus pueblos la realidad no de la paz prometida, sino de la Victoria Sangrienta del Caudillo. La difícil supervivencia de estas existencias truncadas por la violencia sostenida del franquismo, su capacidad para sobrevivir y

rehacerse manteniendo intacta la dignidad como seres humanos y como trabajadores, es lo que nos muestran los testimonios que presentamos.

ESTADO DE LA SUBLEVACIÓN EN CÓRDOBA EL 19 DE JULIO DE 1936



TESTIMONIOS

Los siguientes testimonios fueron recogidos en un trabajo de campo desarrollado entre los años 2002 y 2005 por un equipo formado por Miguel Carrasco Casaut, Manuel Moral Castro y el autor de esta comunicación. Junto con muchos otros forman parte del libro *Campesinos sin tierra, 1939-1975*, editado por la editorial Atrapasueños.

ADELAIDA RUBIO GÓMEZ FRANCISCO CASTRO ESCOBAR
GUARDAS DE RINCÓN BAJO. HORNACHUELOS

Yo me acuerdo cuando se lió la guerra que decían por las calles de Hornachuelos “!que han tomado los fascistas Palma del Rio!” , nosotras estábamos chiquitas, vivíamos por entonces en el pueblo, cerca del castillo, mi padre trabajaba como siempre en el Rincón Bajo, pero iba y venía todos los días. Recuerdo la gente por las calles asustadas advirtiéndome que los fascistas venían desde Palma, a tomar Hornachuelos. Los hombres se armaron con lo único que tenían, hachas, palas, hoces, azahones, viergos...a la noche siguiente le pusimos la noche de los tiros, porque no paraban de pegarlos. Mi madre nos metió en la cama de mi abuelo, que por entonces estaba muy enfermo acostado. Al otro día comentaron que venían aviones y que tirarían bombas. Mientras los hombres estaban en la calle, las mujeres preparaban ropas en sacos y comida para salir corriendo del pueblo. Esa noche la pasamos metidos en unas cuevas dentro del pueblo, por la calle Los Gallos. Al otro día dijo mi padre “venga, que nos vamos del pueblo”. La mayor parte de la gente se fue de Hornachuelos , sólo se quedaron los más enteraillos, cuatro de los que se las daban de chulillos, aunque tuvieran dos gordas, señoritingos.

De nuestra familia nos fuimos juntos mi padre, mi madre, una hermana, mi abuela y mis hermanos. Íbamos andando, muchos kilómetros de sierra pasando por el Rincón en dirección a la Cardenchoza, con todo el patrullón de gente que iba con nosotros iba un hombre que le decían el Clarito, que después de la guerra ayudó a los rojos de la sierra, este iba con su mujer y sus hijos y llevaba una escopeta colgada. Pasamos por donde había una piara de vacas y Clarito le pegó un tiro a una vaca y algunos se liaron a prepararla para asarla, todos comimos y es que con el patrullón de chiquillos que íbamos tenían que hacerlo sin más remedio, pasamos algunas noches por esas sierras hasta llegar a la Cardenchoza, pasamos el río Bembézar por un vado, como era verano casi no llevaba agua. Al llegar a la aldea de la Cardenchoza, me acuerdo que la campana de la Iglesia no estaba en el campanario sino colgada de una encina.

Mi madre era muy inteligente. Por el camino se nos fueron quedando atrás trozos de ropa de engancharse por el monte, cuando llegamos al pueblecito ese mi madre aprovechó la tela de un colchón para hacernos unos vestidos. Por medio de esas sierras nos paramos en una fuente y mi madre fue capaz de reconocer un pañolito blanco con los filitos negros, en el momento que lo vio dijo “este pañolito es de máma Rosa, es mi madre así que van por delante nuestra por aquí mismo máma con la Vitoria”, así era, cuando llegamos a la Cardenchoza allí estaba mi tía con mi abuela.

De este pueblo recogieron a todos los hombres, mi padre entre ellos, y se los llevaron para Madrid. Allí estuvo pero sin coger un fusil en toda la guerra, estuvo en las vías del tren de mantenimiento y solo empuñó la pala. Nos quedamos solas mi madre, mis tías, mi abuela y nosotras las hermanas que estábamos pequeñas, yo tenía 7 años, pasando mucha hambre, mi madre robaba todo lo que pillaba para llevarnos de comer. Llegamos a un pueblo de la Mancha que fue donde por primera vez vi un coche con dos pisos, como un autobús. Nos subieron y llegamos a un sitio donde esperaban unas mujeres que querían recogernos a cada una como a otros niños y decían “esta me la quedo yo, pues yo esta...” como yo era muy madrera para mí fue un trauma separarme, mi madre me pudo convencer que aquella mujer que me llevaba era una tita. Me quedé con esa familia pero por poco tiempo, ya que me escapé por aquel pueblo corriendo por las calles y llorando hasta que di con mi madre. La mujer del alcalde se llevó a mi hermana más chica y otra mujer a la mayor.

Después nos llevaron a un pueblo de la costa, por la parte de Valencia. Mi madre iba al puerto y nos traía el pescado rebuscado que desechaban los pescadores. Vivíamos en la casa de un cura, había muchos libros, mi madre insistió mucho en quedarnos en aquella casa ya que creía a toda costa que aunque estuviésemos en guerra había más posibilidad de enseñarnos a leer y a escribir en ese sitio que en las sierras de Hornachuelos.

Por detrás había un cuartel de soldados, mi madre le lavaba la ropa a dos y a cambio los muchachos cogían rancho y por una ventana se lo alargaban a mi madre para que comiéramos, con esto y el pescado que se traía del puerto pasábamos sin hambre, las sardinas las ponía con sal a secar al sol, nos las comíamos como arenques. Algunos nenes nos íbamos a la puerta del cuartel cuando se ponían a comer el rancho para ver si conseguíamos un bocado. En una ocasión me puse tan cerca de un soldado que al abrir este la hoja de la navaja para cortar el pan me cortó sin querer en la cara, es que estaba encima del plato, de lástima que le dio agarró y me dio su rancho, no me dolió aquello que me había hecho con la navaja, yo iba loquita de contenta con mi plato de lentejas.

De buenas a primeras un día por las calles la gente iba comentando “que se ha acabado la guerra”, hombres y mujeres corrían como locos para allá y para acá. Mi madre agarró a mi tía y le dijo “mira Rosa, que la guerra se ha acabado, a ver que hacemos ahora”. Me acuerdo que llegaron otros soldados que eran los de Franco y no querían más que rebañar hombres y encerrarlos. Llegaron a la casa donde nosotras estábamos viviendo y se llevaron al dueño de la casa. Entraron en la habitación nuestra y dijo la mujer “no busquéis, que lo único que hay son tres niños con su abuela” los soldados entraron y miraron por debajo de las camas y luego se fueron llevándose a todos los hombres que veían. Mi madre le dijo a mi tía “Rosa, prepárate que nos vamos a Madrid a buscar a nuestros maridos”. Y eso hicieron, se fueron montándose en las combinaciones que podía, aquí paraban un camión y allí otro. Así llegaron a Madrid y como sabía mi madre que su marido estaba trabajando donde los trenes, preguntando a unos y otros dieron con ellos. Estaban metidos en una compañía, un hombre dio una voz llamando a mi padre “¡Antonio Rubio, que tienes visita!” y allí apareció mi padre, luego mi tío Miguel con Pedrera, un hombre de Posadas.

En Madrid había muchísimo revuelo, mi padre le dijo a mi madre que sería muy problemático salir de allí en aquellas condiciones, que mataban a cualquiera por nada, mi madre insistió y los convenció. Llegaron a una estación y venía un tren cargado de mulos, mi madre suplicó al maquinista que los dejaran montar diciéndole que se había dejado una niña de pecho y que necesariamente tenía que ir allí. El hombre los dejó montar mezclados de pie con los mulos en aquel vagón.

Llegaron a un pueblo y se bajaron, allí había un hombre dando un pregón avisando que se estaba dando pan y bacalao a todo el que quisiera. Fueron al lugar y mi padre, mi tío y Pedrea se pusieron en la cola ya que estaban desesperados, llevaban tres días sin comer. Mi madre y mi tía se quedaron sentadas viendo la cola enfrente. Al rato mi madre se dio cuenta de algo extraño y le comentó a mi tía “rosa, tú no te estás dando cuenta que entran quince o veinte hombres y solo sale uno con un trozo de pan y bacalao”, mi tía dijo “pues sí que es verdad”. Mi madre se levantó y cuando a mi padre le faltaban dos pasos para entrar le pegó un tirón y se lo trajo, con mi tío y Pedrera detrás. Mi padre decía “ay qué mujer esta, ahora que iba a entrar” y mi madre le contestó “no nos hace falta ni pan ni bacalao ¿pero no te estás dando cuenta de lo que pasa?” Mi madre salvó ahí a mi padre, utilizaban aquello como gancho y a los hombres se los estaban llevando a un campo de concentración.

Continuaron su viaje hasta que llegaron a donde estábamos nosotras, nos dijeron que nos íbamos para Andalucía, nuestra tierra. Recuerdo que estábamos en una estación donde por primera vez vi yo al tren. Nos montamos y el revisor nos puso sentados junto a un mando del ejército, este nos preguntó que de donde éramos, entabló conversación con mi padre, conforme más rato íbamos juntos más confianza parecía entablarse entre él y nosotros. Este hombre que por ser militar de Franco tenía las puertas abiertas al parecer allí donde iba, nos recomendó que si alguien nos preguntaba hacia donde íbamos que le dijéramos que éramos familia de él. Hicimos transbordo en una estación, al parar el hombre dijo a mi madre y a mi tía que les acompañara hasta una panadería, allí dos grandes panes, el hombre insistió en que primero comiéramos las niñas, ya subidas todos al tren comíamos el pan con ansia. Yo le decía a mi madre “¿me lo como todo o hay que guardar “pa” luego?”. El militar se bajó en una estación deseándonos mucha suerte en el viaje y que llegáramos sanos y salvos. Por el camino en tren a hombres como a mi padre les quitaban las botas y la ropa los que habían ganado la guerra, que eran buenas porque habían trabajado en las vías. En una estación de la Mancha nos bajamos del tren y a partir de aquí en carros, de esta forma llegamos a Hornachuelos. Un primo nuestro que era municipal y que no había huido, nos había guardado los muebles en su casa.

Cuando llegamos es cuando verdaderamente empezó lo más malo, a pesar de estar en nuestra tierra, hambre y odio. Pasamos mucha hambre, más que en la guerra. Los señoritingos nos señalaban como rojos porque nos habíamos ido del pueblo, hemos comido migas de aflecho, que es la cascarilla del grano de trigo, hechas con cebo de oveja y guisados a fuerza de papeles, no teníamos ni leña. Comíamos cáscaras de patatas fritas y migas de bellotas, cogía mi madre una olla de bellotas haciéndole una rajita a cada una, las ponía a hervir y les echaba sal. El arroz no era arroz verdaderamente, sino casi-arroz, que era trigo. El trigo se echaba en agua, luego se metía en una talega de lona y a fuerza de darle porrazos en una piedra soltaba la piel quedándose el grano medio pelado pareciendo “casiarroz”, por eso le pusieron ese nombre.

ANA RAMOS GARCÍA. Villaviciosa de Córdoba.

Nací en Villaviciosa de Córdoba, en 1929. Mi madre se llamaba Ascensión García Moreno y mi padre José Ramos García. Mi padre empezó participando en el movimiento de octubre, por eso antes de la guerra ya lo metieron preso, yo entonces ni le conocía, era demasiado pequeña. Vivíamos en esa calle de ahí arriba y volvía de la cárcel...yo veía un hombre extraño que iba delante y me abracé a él pensando que era mi padre, y me dijo “¡niña, yo no soy tu padre, tu padre viene ahí detrás!” . Cuando llegaron los de izquierdas otra vez a gobernar los soltaron, y les sacaron coplas y esas cosas. Mi padre era como encargado de las bestias y de los hombres que tenían trabajando, el “aperaor” le decían. Mi padre estuvo en varias fincas, la última fue en Orejón, de ahí se lo llevaron, cuando los rojos andaban por la sierra.

Antes de la guerra, cuando las huelgas de Octubre que cogieron también a mi padre, detuvieron a muchos republicanos, los llevaban al Parador y les daban palizas. Los del sindicato sacaron muchas coplas muy bien sacadas. Me las sé a medias, ya no me acuerdo pero más o menos decían:

*El 16 de Febrero
Todos fuimos a votar
Que ganaran las izquierdas
Para los presos sacar
Y les salvamos la vida
A los que iban a matar
A los compañeros de la cárcel
El pueblo los ha sacado
¿Qué cuentas serían las tuyas
Si el pueblo no hubiera cambiado?
Morirían poco a poco
Como a otros les ha pasado
Ya empiezan las detenciones
Los llevan al Parador
Les meten tantas palizas
Por aquel hombre traidor
Los dejaron medio muertos
Y el medico les avisaba
Sólo por culpa de un hombre
Que crucifijo llevaban*

Este traidor era uno que fue a la Alhondiguilla cuando la huelga y desde allí llamó a los guardias, vinieron y se liaron a detener hombres. Otra copla era sobre Don Antonio Fernández y su hijo Cesar, dice la canción

*Vio Don Antonio Fernández
Que Fernando ya no hablaba
Y puso fin a su vida
Y al pozo se tiraba
Porque sabía que muy pronto
En la escuadra lo esperaban.
Un hombre ha saltado al pozo
Quien es, otro preguntó
Pues Don Antonio Fernández
Cesar cuando aquello oyó
Salió a salvar a su padre
Y un guardia lo volvió
Es mi padre dijo Cesar
El pobre muy apenado.
Si es tu padre no hay remedio
Que no se hubiera tirado
Al oír esas palabras
Las lágrimas le saltaron*

También me acuerdo de unas canciones de la guerra muy bien sacadas, las hacían de todo lo que pasaba en la guerra. Aquí en el pueblo había un hombre que ya ha muerto, se llamaba Manolito Martínez, que anunciaba las cosas antes de que pasaran. Antes de la guerra, salió en una comparsa y cantó esto

*Una lástima que España
Se revuelva en enjambre
Y que de luto se vista
Por la miseria y el hambre
Por eso conoceremos
En ella correr la sangre*

Y se conoció, este hombre lo sacó antes de que pasara la guerra, y así pasó. Esto fue en el movimiento de Octubre. Don Antonio Fernández era un maestro de escuela y fue alcalde, era de izquierdas, se tiró al pozo porque Fernando, otro hombre, ya no podía hablar de la paliza que le habían pegado, entonces prefirió quitarse la vida tirándose la vida a que le pegaran y lo mataran los guardias. Yo sabía estas coplas por mi madre, ella me las cantaba, yo le decía “mamá, cántame la copla” y así me las aprendía.

Al entrar los fascistas en el pueblo, nosotros nos juntamos por el camino de Pozoblanco, si no íbamos 100 personas no iba ninguna, unos con bestias, otros con burros, otros andando, cada uno como podía. Nosotros tuvimos que abandonar una marrana con siete lechones en las ventas de Pozoblanco porque ya no podíamos tirar de ella. Mi hermano mayor achuchándole para que anduviera la marrana, pero no había manera y ya mi padre le pidió a unos que estaban allí si podían quedarse con la marrana hasta que volviéramos. Ya ves tú, abrieron de momento la puerta y se quedaron con la marrana y con los lechones, hasta ahora. La gente se iba dejando todo. . Nos fuimos andando hasta Pozoblanco, mi padre llevaba dos mulos porque mi madre iba recién parida con mi hermana la pequeña que tenía 9 días, además iban cargados con lo poquillo de nosotros, los más mayores íbamos andando. En Pozoblanco nos metieron en un cine, allí nos dejamos el garrafón del aceite, una palangana, algunos mantas, ropa...en todos los sitios nos íbamos dejando cosas.

De Pozoblanco a Puertollano en un tren lleno de gente hasta el techo. Iba yo con mi madre en el tren, tendría yo 6 años, y como me mareaba me puse en la ventanilla pegada a la puerta, y al hacer el esfuerzo de devolver se abrió la puerta y me caí, mi madre se tiró a por mí. Se me quedó un talón colgando, estuvimos en Ciudad Real 4 meses en el hospital. Allí venían recogiendo para la guerra a todos los hombres jóvenes que venían en los vagones con las mujeres; mi madre lo escondió debajo de los colchones, pero lo acabaron viendo y se lo llevaron forzoso. La guerra la pasó bien, en el cuartel de la Arruzafa en Valencia, pero en intendencia, no tuvo que pegar tiros.

Antes de irnos me acuerdo que estábamos en el Corchuelo, por el Pilar, a la vuelta hay un cortijo, y ahí nació mi hermana Asunción. Había un regajo que estaba lleno de zarzales y mi padre rozó el zarzal por abajo y lo empujó hacia arriba, era como un refugio y le llamábamos la cucaracha. Con nada que veíamos los aparatos, los aviones, salíamos corriendo a escondernos en la cucaracha. Mi madre me tenía sentada en el suelo y con mi Asunción cogida, chiquita, cuando sentí el aparato tiré a la niña, me fui

corriendo a la cucaracha, yo con el chupe en la boca y me llevé el pedazo de chupe del miedo que me entraba. Entonces mi madre la pobre “¡ay, ahora que hago yo sin chupe...!” Se donde cayeron las bombas, ahí en el Hogar, en lo alto de la Iglesia, allí cayeron.

Cuando acabó la guerra se vino para Almadenejo, donde nos llevaron a nosotros desde Puertollano, un pueblo de la provincia de Ciudad Real. Cuando llegó mi padre nos volvimos a nuestro pueblo...pero que poco talento, después nos dimos cuenta, poco talento de venir a meternos en la boca del lobo, porque vino y estuvo tres días escondido, la guerra ya acabada y mi padre tres días escondido, sin presentarse, porque tenían que presentarse todos los que habían estado en la zona roja en la comandancia. Mi padre no se presentó porque sabía lo que le iba a pasar, que lo iban a meter preso. Cuando no podía aguantar más fue al cuartelillo y enseguida se lo llevaron preso, lo tuvieron aquí en La Tercia, que era una cárcel que todavía sigue, pero como provisional.

ISABEL SALVADOR SEPÚLVEDA Y ANTONIO FERNÁNDEZ CÁRDENAS

POSADAS

Lo que más recuerdo de la huida del pueblo al entrar los nacionales fueron las bombas que nos tiraron en Villaviciosa, cuando ya llegamos cansados de andar por esas sierras y estábamos descansando y comiendo en un llano grande, unas sartenes que nos habían preparado los milicianos, allí nos paraban conforme íbamos llegando por los caminos que subían desde Posadas. Fue un bombardeo tremendo, íbamos familias enteras con los borriquillos y andando, haciendo la huida.

Mi padre era arriero, tenía tres burros y cuándo estalló la guerra y marchamos para Villaviciosa prestó un burro a un amigo para que llevase a los chiquillos, y el se llevó otro para sus hijos. Íbamos andando y cuando el burro se cansaba bajaba a los chiquillos y así íbamos avanzando. Cuando llegamos a Villaviciosa las dos familias, había un tren que les llevaba a la Mancha, a Toledo. Pero mi padre no quería abandonar sus burros y a regañadientes consigue que la familia monte en el tren, y él continúa el camino con sus burros, a pesar de los ruegos de mi madre. Va atravesando trincheras en plena guerra con sus burros, hasta que al final acaban robándoselos. Andando, consigue reunirse con la familia “hecho polvo”. Mi madre, preocupada, pregunta que ha pasado y mi padre le cuenta cómo le han robado los burros, pero que les ha prometido a los soldados que cuando se recupere, aunque tenga que recorrer trinchera por trinchera, va a buscar sus burros.

Llegamos a Fuente del Fresno (Granada), y allí trabajamos todos en una casa, a peseta por persona. Éramos siete personas y la familia ganaría en total siete pesetas, pero mi padre no estaba conforme y se volvió por sus burros. Estuvo desaparecido muchos días, pero acabó por aparecer a salvo con sus burros. Lo primero que le dijo a mi madre fue “ves, Concha, ya tengo la papeleta solucionada”. Él sabía que con sus burros podía sacar su familia adelante, porque se colocó en una panadería llevando el pan con los burros a la gente de la sierra, y con eso ganaba un buen jornal y no nos faltaba el pan.

Mi padre, que se llamaba Francisco, se llevaba también a mi hermano mayor para ayudar. Un día mientras que Francisco terminaba de cargar el segundo burro, mi hermano tiró para adelante con primer burro cargado, y al salir a la carretera un camión que venía mató al pobre animal. Mi padre volvió a casa llorando por su burro, por lo que lo quería y había luchado por él. Cuando se serenó, la cara le cambió, y con una frialdad que nunca habíamos visto en él, mandó a mi hermano que se trajese los muslos del burro, que estaba bien criado y sano. Pensó que ahora los ingresos iban a reducirse, y por lo menos tendrían algo de carne para comer. Nos comimos el burro con todo el dolor de su corazón. Más tarde, unos granadinos le regalaron un rucho por unos trabajillos que le hizo, pero pasamos tantas fatigas que acabamos comiéndonoslo también. Mi padre era conocido como “Frasco el arriero”. Cuando terminó la guerra volvimos a Posadas, pero mi padre volvía muy afectado y algo mal de la cabeza. En una ocasión mi madre lo descubrió atando un cordel para colgarse. Concha lo evitó, pero duró poco tiempo. Murió de una trombosis cerebral poco más tarde, yendo a la feria del ganado de Posadas. Lo encontró muerto otro amigo suyo arriero, el Mediablusa.

Al volver a Posadas, trabajamos hasta la muerte de mi padre en la finca de la Aljabara, haciendo carbón toda la familia.

URSULA CASTRO QUESADA. ALMODÓVAR DEL RÍO 1927

Nací en el año 27, mi padre se llama Victoriano Castro Santiago, mi madre Celedona Quesada Galvez. Tuvo 8 hijos, una murió embarazada con 21 años por un cáncer en la barriga al terminar la guerra, era la mayor y después de estar muerta se le movía el chiquillo y le daba saltos en la barriga. En aquellos tiempos no había médicos para que la hubieran rajado y le hubieran sacado el crio, así que se fue muriendo poco a poco. Dejo cuatro hijos, una la crió mi madre, otros dos los crió su padre y otra una hermana de mi madre.

Soy natural de Mures (Alcalá la Real, Jaén) y antes de la guerra vivíamos en los Mochos, cerca de Almodóvar. Murió mi padre de pulmonía en el año 35 y mis hermanos mocitos se quedaron llevando la labor, pero como vino la guerra entonces nos tuvimos que ir a la zona roja, nos fuimos una noche ya que los republicanos nos recomendaron que abandonáramos el lugar.

Mi madre por llevar comida para sus hijos se lió a matar gallinas y las echó en un saco. A las pocas horas subiendo llegamos a la finca de la Porrá, Como mi madre llevaba tantas gallinas allí las desollaron y guisaron un arroz. Había allí muchísima gente que venía escapada, todo el llano del cortijo estaba lleno y me acuerdo que en la Porrá había unos toneles de vino porque entonces había viñas en la zona, los hombres iban con unos jarros y los llenaban de vino. Cuando nos lo comimos nos fuimos atravesando la sierra hasta Villaviciosa, andando con una burra. Yo iba en un serón y mi hermano Manolito en otro porque éramos los más chicos. Mi madre había echado además de comida otras cosas como un saco de jabón, la burra muy cargada en las cuestas iba renqueando, así que mi hermano Juan sin pensárselo dos veces cogió y tiró el saco.

Al llegar a Villaviciosa nos teníamos ya que montar en el tren y la burra hubo que dejarla allí. Nos la quitaron y mi madre se hartó de llorar porque quería mucho a la burra. Dejó atrás la yunta de mulos y muchas cosas más, pero a la burra no la dejó, pensaba que se iba a tirar toda la guerra con ella. A mi hermana Encarna se la querían llevar a Francia, entonces mi madre se lio a llorar y no se la llevaron. Nos montamos en un mercancías, por el camino se me descompuso la barriga y entonces mi hermano Juan me alzó la ropa sacándome por la puerta del vagón y de ese modo ensucié.

Llegamos a Jaén. Mi madre se colocó en un Hospital de sangre llevándonos la comida a los más chicos ya que trabajaba de cocinera. De vez en cuando nos sacaban a los niños a un patio muy grande, todos con el puño alzado para hacernos fotos. Estuvimos tres meses, luego nos llevaron a Martos, a un convento en el que estuvimos seis meses. En el convento corrían los piojos por las camas como las chinches. Mi madre también se colocó en el Hospital de sangre, se tenía que poner en la puerta para pedir que le dieran de comer para mi hermano más chico, porque en el hospital no ponían más que habichuelas, por eso contábamos judías por aquí judías por allí y a mi hermano chiquitito se le descomponía la barriga. Por la gradilla pasó una mujer un día y vio a mi madre llorando, se interesó por la salud del niño ofreciendo de comer todos los días.

Yo me juntaba con una amiga que se llamaba Otilia, íbamos pidiendo a la Plaza, había un loco allí que se había escapado del hospital y nos correteó por toda la plaza. Acostumbradas a ver los aviones de los nacionales pasar y tirar bombas, algunas veces nos lo tomábamos a risas e íbamos corriendo y saltando por la calle cantando

*Tulin Tulin Tulin los aparatos ya están aquí
Unos vienen descalzos y otros vienen encueros
Y a la mitad de la compañía se le ven los huevos
Tulin tulin tulin los aparatos ya están aquí*

Nosotros íbamos loquitas de contentas la calle abajo cantando la copla, y es que nos pegaba contarla a nosotras porque íbamos descalzas y casi encueros mientras que los

aviones por encima nos tiraban las bombas. La gente se asomaba a las puertas y se reían mucho de nosotras.

En el convento había una viejecita que le corrían por lo alto de la cama cada piojo...y entonces nosotras contábamos otra canción porque nos la habíamos aprendido de los soldados, salen los piojos tan gordos como fieras.

Hace cuatro meses que en la cárcel me metieron porque vergüenza y anarquismo demostré

Eso se debe a la quinta columna que a la guerra hace entorpecer

Tocan diana a las siete, nos levantamos en tropel

Ya huele a sopas carceleras no hay mas remedio que judías comer

Lentejas por aquí, judías por allá

Y Por la noche empieza un bombardeo fatal

Ay avión que gusto me da verte ya que tu me traes la libertad

Quiero morir para siempre a la CNT a la CNT abrazar

Hay fascistonas pajoleras cuanto nos queréis humillar

Pero llevamos en las venas sangre anarquista de verdad

Pero no pasarán, no pasarán, y si pasaran la cabeza les costará

Tenemos que aplastar a Franco el maricón

Y el pueblo madrileño será el vencedor

Bravo Madrid, Valencia te saluda, te da un abrazo con fervor

Aunque la guerra fuerte y dura se vencerá, abajo el traidor

Esta canción la cantábamos por la mañana cuando nos levantábamos, nos ponían en fila, íbamos por un bollito que nos echaban con aceite hasta medio día que nos ponían un plato de habichuelas y claro, cuando comías esto con el estómago vacío te entraban cagaleras, cola que tenía el váter.

Estando en Martos, una amiga de mi madre que tenía a su hijo en la guerra iba a mandarle un giro pero el dinero se le cayó. Mi madre al poco por causalidad se lo encontró y lo recogió pensando “de quien será este dinero”. Entonces vio a la mujer bajar por la calle llorando y le preguntó que le pasaba, esta se lo contó. Entonces le dijo mi madre “no llores, pues me lo he encontrado ahora mismo”. Ya ves lo honrada que tenía que ser una persona teniendo el hambre que teníamos, que hasta tenía que pedir limosna.

A los seis meses nos mandan para Alcalá la Real, llegamos a la aldea de la Ahondiguilla y aquí estaban los frentes así que vuelta para atrás. Otro día intentamos pasar y lo conseguimos, nos recogieron con un camión que nos mandaron unos familiares que estaban en el pueblecito de Mures, donde había nacido mi madre, me acuerdo que como era muy traviesa pegué un salto del camión y me partí una espinilla, el practicante me tenía que curar a diario. Allí pasamos la guerra, en un cortijo que se llamaba la Cartuja, muy cerca de los frentes. Una noche que mi hermano Manolín se puso muy malo estando el cortijo y nos fuimos andando hasta Mures, entonces sentimos un avión y salimos corriendo a meternos en una cueva que había enfrente del cortijo. A la vuelta para la casa, ya que se habían pasado los aviones, tiran un proyectil desde Limones, un pueblecito que estaba cerca ya en la parte de los fascistas, que cayó en la misma puerta de la casa al mismo tiempo de meternos, menos mal que no llegó a

explotar porque si no esa noche nos matan a todos. Luego vinieron los republicanos a sacar el proyectil del agujero.

Alcalá estaba ocupado por los fascistas y Mures por los rojos y en medio de estos cercanos pueblos estaba el frente. Un día fuimos a coger espárragos entre los frentes y mira si nos conocían los soldados de los frentes, que nosotros estando en lo hondo de un barranco en medio del frente, en un cerro los fascistas, en otro los rojos, se llamaban unos a otros y entre un tiroteo y otro en el barranco echaban algunos el cigarro. Bueno, pues nos metimos a por espárragos en el barranco mi hermana Encarna, mi primo Manuel y yo, ya que mi chacho Agustín tenía una tierra en el cerro Muriano donde estaba el frente, y nos íbamos allí con él. Pues nos metimos en el territorio de los fascistas y nos decían, rojillos, rojillos, venid para acá, que no os hacemos nada, si ya os conocemos...eso a cien metros de nosotros. Todos los tiroteos los escuchábamos.

La Cigarrona era una señorita de Mures que mandaba en todos los alrededores y era una fascistorra muy mala. Los meses que estuvimos allí después de la guerra, cuando íbamos con las cartillas por el pan le pegaba con un látigo en las piernas a los rojos que veía en la cola.

Me iba a jugar con otras niñas a donde estaban los soldados republicanos, jugábamos con los cartuchos que se quedaban vacíos. Llegó un año el día de los Reyes, pusimos los zapatos y nos los llenaron de bellotas, esos fueron los reyes que nos echaron los soldados. Cuando se acabó la guerra volvimos al pueblo de Mures. Como nosotros no hicimos nada les decían los fascistas a mi madre que estuviera tranquila, que no le iban a hacer nada.

Cuando pasaron unos días, mi madre volvió a Almodóvar. Habló con Antonio Luna el parcelista que le teníamos antes las tierras arrendadas para ver si podíamos volver al mismo lugar, y este le dijo que podíamos volver. La venida para Almodóvar desde Alcalá sí que fue graciosa, en un carrillo con un toldo que le decíamos el carrillo de los Húngaros, con las sartenes y las ollas colgadas. Donde llegaba la noche allí nos parábamos mi madre, mi Juan, mi Victor, Manolín, Agustín y yo, Llegábamos a un cortijo de noche y como era en el verano soltábamos el mulo para que comiera el rastrojo y nosotros con una manta dormíamos en los almiares. Así, los más grandes andando al lado del carro y los chicos como yo dentro tardamos tres días en llegar a los Mochos.

Mi madre iba muy esperanzada pensando en que iba a recuperar lo que se dejó atrás en el cortijo. Tenía muchos utensilios ya que mi padre había sido hijo solo y tenían dinerillo, consiguiendo luego una casa muy bonita en el cortijo de los Mochos, con perolitos de cobre, sartenes, muebles...pero luego Don Antonio Luna no les devolvió nada, mi madre se dejó una casa montada y se la encontró vacía, solo consiguió que le devolvieran la máquina de coser. Cuando mi madre entraba a la casa de D. Antonio Luna veía sus perolitos de cobre allí colgados pero no podía decir "eso es mio" porque entonces además la hubieran podido encerrar, no se podía hablar ni mucho menos protestar:

ANTONIO ÁLVAREZ MARTÍNEZ "CANO" Posadas, 1929. *El Niño Republicano.*

Me dicen Junquito porque así le llamaban a mi madre, pero me conocen más por el Cano, te voy a contar porqué. Yo nací en el 29, de modo que cuando llega la República ya empezaba yo a pronunciar palabras pero no de forma muy clara; mis vecinos y mis padres me decían “niño, tú que eres” y yo respondía “yo...cano”, por decir lo que la gente del pueblo decía, que eran republicanos. Por eso Cano se me quedó y Cano me llaman desde entonces.

Cuando estalló la guerra la mayor parte de la gente huimos a la sierra camino de Villaviciosa. Un tío mío que era guerrillero de los hijos de la noche, mi tío Herrera que le decían Lorento, hacía incursiones para poner petardos en los raíles de las vías del tren, en toda esta zona que era nacional. Llegaron a reventar un tren en la huerta del Herrero. En una ocasión vino una noche a soltar un marrano que nos dejamos encerrados en una zahúrda y aprovechó para hablar con alguna gente del pueblo de los que no habían huido, que le contaron como los falangistas llegaron a mi casa y vieron en lo alto de una cómoda un revólver de madera que yo tenía para jugar y comentaron “este es el revólver del niño republicano”

Por eso cuando volvimos al terminar la guerra me quisieron sacar, para quitarme de en medio a pesar de la corta edad que tenía. Al poco tiempo, cuando estaba la cosa más normalizada, una noche que estábamos acostados llegaron un tal Cojo Pedrera y una pandilla de falangistas de esos del cangrejo, que aporreando la puerta y con voces decían “venga, Alvarez, Junquito, que nos vamos de perol”. Se llevaron a mi padre a la plaza de los Caídos y le hicieron un corro a él y a un amigo al que llamaban Alamito. Empezaron a darle golpes, uno lo suelta y otro lo coge pegándoles palos, dándole aceite de ricino y gasolina, y las tapitas eran chicharras que se las metían por la boca también. Los verdugos eran hijos de señoritos, cuando acabaron de hacerles estas perrerías los pusieron junto a la cruz de los caídos clavados de rodillas. Al poco tiempo pasó un teniente de caballería y les preguntó a los señoritos “¿estos hombres que hacen aquí?”, a lo que contestó uno de ellos “están rezando por Dios y por la Patria”, y el teniente dijo “esos se estarán cagando en la madre que nos parió a ustedes y a mí también, dejadlos que se vayan a su casa”. Fuimos a recogerlos, estaban destrozados, el Alamito había muerto pero mi padre todavía vivía aunque lo habían partido por todos lados, le pusieron cruces por todo el cuerpo. A mi padre lo pudimos salvar y ya no le hicieron más daño, porque un tal Pepe Benavides medió con los civiles y señoritos para que lo dejaran tranquilo, si no, se lo hubieran llevado a un campo de concentración o se lo hubieran cargado.

JOSÉ MORO COBOS. “Pepe, exiliado de la Peñalosa” Posadas, 1919

Aquí la gente estaba organizada, eso es lo que nos perdió; aquí estaba el partido comunista, otros eran socialistas, otros republicanos...nosotros éramos chicuelos pero nos dábamos cuenta que tenían en las casas sus reuniones de los sindicatos y eso. Aquí metieron la pata porque el capitalismo no quería al comunismo, y aunque estaba la República era el capitalismo el que mandaba, ellos eran los amos siempre. Tenías que trabajar de sol a sol por cuatro perras gordas, que no tenías para comer. Cuando se formaban los sindicatos era para que cobráramos un poquito más para poder vivir; pero no lo querían dar ni a tiros. Los señoritos que había eran también los amos de los molinos, porque aquí había muchos molinos entonces; la gente iba a trabajar a los molinos de ellos, con la aceituna, a labrar con yuntas de mulas...en cada molino había lo menos veinte o treinta yuntas de mulas, y en cada yunta un hombre para ahilarlo. Aquí al lado está el molino de San Francisco, esa gente no era mala. Había el molino de la Picarra, el Molino Santa Ana, el molino de Las Monjas, el Molino Madremiedos, otro que hay aquí al ladito...

La gente de los pueblos éramos los esclavos de ellos, y claro, los sindicatos los obligaban a que subieran algo los sueldos para que pudiéramos comer, pero los dueños no querían, hasta que empezaron a obligarlos los partidos, los llevaban al juzgado para que pagaran y ellos no quería entender; no querían hablar de eso, y por ahí empezó el follón. Yo tenía poca edad, pero se sentía decir “la revolución se va a formar un día a otro”, pero mira tú, fueron los capitalistas los que la formaron, porque el pueblo no se movió, dieron un golpe de Estado y ya está. Aquí no había militares, vinieron de Córdoba que la ocuparon. Écija también la ocuparon, allí estaba la remonta, un ejército que formaron de caballería. Palma del Río la cogieron los obreros, Posadas y Fuente Palmera también. Tuvimos que salir de aquí, pues los militares de Sevilla venían para acá, los de Córdoba nos quedábamos rodeados y tuvimos que ir marchando a la sierra. Fíjate como me enteré yo de que teníamos que huir: yo estaba acostado en el corral de mi casa con uno de mis hermanos, durmiendo al fresco porque era el 17 de Julio, y fue un muchacho a Fuente Palmera a cortarse el pelo, oyó en la radio que se habían sublevado los militares y vino corriendo hasta la Peñalosa a prevenir a la gente. Ahí empezó ya la gente arrebuscando las escopetas, lo que tenían para defenderse. Así estuvimos lo menos un mes, hasta que tuvimos que salir de aquí.

En los Silillos había un hombre apodado el Chimeno, que organizó la caballería para defendernos contra los fascistas. Yo cogí una yegua de por aquí y me iba también para los Silillos para juntarme con ellos, cosas de chiquillos porque yo no sabía ni lo que hacía; resulta que llegué a Fuente Palmera y me encontré a la caballería, los fascistas venían ya pegando más tiros que la hostia y tuvimos que salir corriendo para acá, pero justamente ahí en el molino Chacón estaban los fascistas parapetados esperando al Chimeno; yo me caí de la yegua, que se asombró, rodé al lado de un olivo y siento como si fueran abejas, digo “coño, que hay una colmena por aquí y me van a picar las abejas” y lo que me iban a picar eran las balas que me silbaban al lado de las orejas, y yo me metía entre las ramas para dejarme las abejas detrás ...ay, ay. Justamente llegó un muchacho de Fuente Palmera que venía en una yegua corriendo, me vió allí tirado, vino al lado mía, sacó el pie del estribo y dice “echa la pata por encima de la yegua”, así hice y salimos corriendo hasta que llegamos a parar a los Arroyones; ahí me encontré con la gente de la Peñalosa, mi familia, mi hermano que estaba llorando porque decía que me había visto caerme de la yegua y pensaba que me habían pegado un tiro.

De los Arroyones fuimos a parar a los Ortegas, un poco más allá de Posadas; las casas las dejamos abandonadas y no nos llevamos nada porque sabíamos que ya allí no se podía estar. Eso fue en Agosto, y como el puente de Posadas lo estaban todavía haciendo, pasamos el río en barca. Posadas estaba a punto de ser tomada por los fascistas, que venían de Palma. Cuando llegamos a Posadas había más gente muerta que Dios por las calles, de haberle pegado tiros. La primera noche la pasé con mis hermanos ahí al salir de Posadas, en la Sierrezuela y al día siguiente nos paramos en los Ortegas, allí había mucha gente parada, reconcentrada de todos los pueblecillos estos de por aquí. En los Ortegas una avioneta que venía de Córdoba nos pegaba bombazos y tuvimos que irnos a Villaviciosa, unos andando, otros en borricos, como se podía. Nosotros nos fuimos todos andando y en Villaviciosa estaba la guardia civil –me acuerdo como si los estuviese viendo ahora- que llevaban sus banderitas pinchadas aquí, ¡banderitas republicanas! , y me acuerdo que decían que llevaban las metrallas colgadas al hombro porque iban a esperar a los fascistas en un cerro por donde iban a entrar. Se fueron allí, pero cuando los fascistas llegaron volvieron la máquina en dirección a nosotros ¡la madre que los parió! , se liaron a tiros con nosotros y mataron a unos cuantos.

De Villaviciosa nos fuimos por Espiel hasta llegar a Pozoblanco y de ahí ya no pasamos, ahí nos pararon. Vino el Ejército de Madrid, el ejército republicano, y ya pusieron cañones, hicieron trincheras...En Espiel encontramos al maestro que nos daba escuela en la Peñalosa, D. José Cabanillas Rojo; nos dio de comer en su casa, estuvo muy amable, aunque le habían matado un hijo los republicanos y a él no le hicieron nada porque ya estaba jubilado y viejo. Eleuterio estuvo en su casa también comiendo y llegaron los republicanos y le dijeron “¿qué hace usted aquí si este hombre es fascista?”, y les contestó “este hombre ha sido maestro de escuela en mi pueblo y lo conocemos muy bien; estoy aquí hablando con él, no porque yo sea fascista también, sino porque nos conocemos”.

De Espiel a Pozoblanco fuimos andando, mi padre y mi madre con borricos, pero de la casa no llevábamos nada, lo que llevábamos encima era lo único que teníamos; comíamos lo que nos daban por ahí los comités que repartían la comida. Cuando llegamos a Pozoblanco allí sí había de comer porque Pozoblanco era un centro de capitalistas y yo me acuerdo que había una zahúrdas, y estaban los cochinos unos contra otros porque no cabían de los que había; también había muchos jamones. En Pozoblanco estuvimos bastante tiempo y allí ya empezaron a organizar compañías de batallones y todo eso. Llegaron unos camiones con fusiles, que vendrían de Barcelona o de Madrid, y venían repartiendo los fusiles por la calle y a mí, que venía con dos o tres muchachos, me vieron ya grande y dijeron “este tiene edad ya de pegar tiros” y me dieron un fusil que era más grande que yo, pero como no tenía la edad mi padre vino en busca mía y les dijo que tenía 17 años, y entonces me quitaron el fusil, pero después lo cogí yo.

En Pozoblanco mataron más moros que la hostia, y allí mismo me volvieron a coger para el frente y ya mi padre no me pudo sacar. En la sierra de la Chimorra estuvimos mucho tiempo pegando tiros, luego nos llevaron a Hinojosa del Duque, en sierra Tejonera y sierra Grana. Me acuerdo que en la sierra Tejonera estaban los moros, y un día por la madrugada nos dicen “vamos a ir a atacarlos”, así que estuvimos toda la noche andando, y un poquito antes de llegar a las trincheras nos paramos para que no

nos vieran, pero nos acabaron viendo, y un mozo que estaba sentado en lo alto de una máquina ametralladora nos tiraba ráfagas ; estábamos detrás de un chaparro y había un muchacho con un mosquetón , que dijo “cucha, allí lo estoy viendo, encima de la ametralladora, verás el susto que le voy a hacer pasar” , cogió el mosquetón “pam” , le pegó un tiro y allí lo dejó acostado encima de la ametralladora, con los brazos colgando. Al quitar la ametralladora ya nos lanzamos y entramos todos y salieron corriendo los moros, los fascistas, vamos, que tenían el café todavía en el parapeto. El rancho hacia poco tiempo que había pasado y el café estaba todavía humeando. Cogimos el cerro ese de la Tejonera y estuvimos dos días dentro, pero a los dos días nos tuvimos que salir porque nos comían los piojos.

MANUEL PLAZUELO SÁNCHEZ. Almodóvar, 1932.

Mi familia por ser trabajadores han sido siempre de izquierdas. Cuando estalló el Movimiento el 18 de Julio del año 36, mis tíos por parte de mi padre y de mi madre, se fueron a defender a la República. Los hermanos de mi madre Tomás y Sandalio estuvieron defendiendo Almodóvar, de la toma de los fascistas.

En Almodóvar, los guardias civiles recibieron la orden de detener a la corporación municipal, a sindicalistas y a todos los que tenían algo que ver con la defensa de los trabajadores. Consiguieron apresar a algunos y encerrarlos en el cuartelillo, pero muchos huyeron a la sierra, después los guardias se parapetaron en el cuartel.

Pero la mayoría de los que habían huido volvieron por la noche con el alcalde a la cabeza, Manuel Alba Blanes rodearon el cuartel y temiendo los guardias que le metieran fuego, se entregaron. En los siguientes días detuvieron a varios señoritos del pueblo y los encerraron en la casa de alguno de ellos y en el cuartelillo del ayuntamiento, pero en ningún momento los trataron mal. El 23 de Julio se armó un gran revuelo, atacaron los fascistas, se presentaron desde Córdoba un batallón compuesto por baterías de militares, guardias civiles y falangistas. Poco antes de llegar

al pueblo, desde la huerta de San Andrés, empezaron a tirar cañonazos, uno de ellos dio en una torre del castillo, que todavía se puede ver la señal, otro pasó de largo y cayó por los Melonares y otro en una casa del pueblo, donde causó la muerte a cinco personas y varias heridas. Con los cañonazos en todo el pueblo cundió el pánico, la gente la gente corría por las calles para refugiarse en sus casas, otras, salieron a las calles pues pensaban que la techumbre se le iba a caer encima.

Viendo las intenciones y los miramientos con que los fascistas venían y ante el temor de caer en sus manos, por la presión de los cañonazos, se desencadenó la huida masiva de familias enteras hacia la sierra. Pero algunos de los que organizaban la resistencia se pusieron nerviosos y la emprendieron con los prisioneros. Parece ser que antes, algunos de los apresados se vinieron arriba al escuchar las bombas, hay quien dijo; “ahora os vais a enterar de lo que es bueno”. La locura de más de uno no se contuvo y se liaron a asesinarlos. Se dice que apenas tenían armas, cuatro escopetas mal contadas, así que con las herramientas que disponían, con hachas, hocinos..., mataron a catorce personas.

Hay quien dice, que la idea no salió de aquellos obreros, sino de unos que estaban escondidos en la sierra desde hacía años, desde los sucesos del 34. La verdad es que esto fue una barbaridad. En aquella refriega la mujer de un guardia civil ,seguramente la hija de Rafalillo, perrero de los Nateras, quiso proteger a su marido de un disparo abrazándose a él, pero el tiro le alcanzó el brazo a ella destrozándoselo. Mi tío Sandalio que la vio herida la cogió y la llevó al médico para salvarla, pero al final le tuvieron que cortar el brazo.

Como he dicho antes casi todas las personas del pueblo, familias enteras, sobre todo personas mayores, mujeres y niños, salieron huyendo para la sierra. Pasaron la presa de la Breña, luego subieron por Mesas altas y la Cañada de la Zorra, hasta llegar al pueblo de Villaviciosa. Hubo personas que se quedaron no muy lejos del pueblo, esperando que la cosa se calmara en el cortijo de La Breña, Mesas Altas...

En el pueblo se quedaron unos pocos guardias creyendo que eran suficiente para controlar a la poca gente que quedó. Los fascistas creían que ya tenían todo el control, pero los más combativos, no se rindieron, se juntaron en la cueva la Negra, a unos tres kilómetros y se organizaron para recuperar el pueblo, de manera que juntaron fuerza suficiente para atacar al pueblo y atacaron el 3 de Agosto.

Viendo con la fuerza con la que venía la gente, guardias corrieron al castillo, buscando refugio. Pero allí estuvieron poco, al siguiente día o al otro, viendo que podían asaltarlos, escaparon por un túnel, una especie de pasadizo secreto que salía al exterior. Cruzaron el río por la barca de Almodóvar y se encaminaron huyendo para Córdoba por la orilla del río. Mira por donde, al llegar al paso de la barca de Majaneque, le pidieron al barquero que los pasara, fue mi padre el que los pasó.

El pueblo pudo resistir en manos del Frente Popular hasta el 20 de agosto. Ese día una muchedumbre de militares, guardias civiles y voluntarios falangistas salieron de Córdoba en plena madrugada y armada hasta los dientes, con una potente artillería compuesta de cañones, obuses y ametralladoras. Entre los falangistas iban muchos señoritos, que entre ellos iba un rejoneador muy famoso en esa época, Antonio Cañero con su caballería. La caballería corrió detrás de la gente para alcanzarla, en aquella refriega cayeron muertos varias personas del pueblo, en el enfrentamiento directo mi tío

Tomas logró arrebatarle una yegua a Cañero entre los tiros, en el Chavascal de Fuenreal. No hubo manera de aguantar a ese armamento, a las pocas horas definitivamente el pueblo fue ocupado por los fascistas.

Hicieron bien en salir del pueblo, las represalias llegaron enseguida, días después de que los fascistas invadieran el pueblo, muchas personas fueron asesinadas al menos una veintena. Fueron sobre todo a familiares de los que habían huido, entre ellas varias mujeres, esposas y hermanas. Lo más sonado fue lo de Josefa Cañero que estaba a punto de dar a luz, o lo de Soledad Pastor, que al no poder detener a su hijo, que había huido del pueblo, la cogieron y la pelaron a rape, dejándole dos moñitos, le dieron aceite de ricino y la pasearon por las calles del pueblo mientras la insultaban después la fusilaron.

Mi tío Tomas, hermano de mi madre, era muy valiente, lo hicieron en un principio teniente y más tarde capitán de caballería. Dicen que la yegua era la misma jaca de Cañero, un animal muy bonito con el que se fue a los frentes. Se encuadraron en los niños de la noche que eran como guerrilleros que se metían en las líneas franquistas para hacer sabotajes, poner explosivos en las vías entre otras cosas.

Viendo el comportamiento de los sublevados, casi toda la población, miles de personas de todos los pueblos salieron de sus casas huyendo para la sierra.

En aquellos primeros enfrentamientos cogieron a mi padre como a muchos hombres de Villarrubia y los encerraron en vagones del tren en la azucarera. Nosotros pasamos un miedo tremendo, y muchos estuvieron a punto de asfixiarse de la calor tan insoportable que había dentro en pleno mes de Agosto. Casi todos eran conocidos, amigos de la zona de Villarrubia y Almodóvar, uno de ellos era Pablitos, que se llamaba Pablo Moral Moyano, el guarda de la vía. Les daban un pedazo de pan y un salchichón metidos en una bolsa de las que antes de papel, y atado con unas cuerdecillas. Mi padre nos lo contó todo, un falangista se asomó a unas rejillas del tren y en voz alta les dijo a los apresados “si conocéis a un hombre de bien alguno de vosotros, y si además sois hombres de orden, decidlo”. Mi padre dijo que se comunicasen con D. Francisco Natera que era el dueño de la barca. Los falangistas se pusieron en contacto con este señorito que por supuesto estaba colaborando haciendo la guerra con los de su bando. Natera mandó a los falangistas que lo sacaran del tren porque era trabajador suyo y además les dijo que había ayudado a pasar en la barca a los guardias civiles escapados del castillo de Almodóvar. Mi padre entendía poco de política aunque él era de izquierdas, ni tan siquiera tenía una escopeta. Aquellos vagones del tren llenos de gente trabajadora iban con destino a ser fusilados en Córdoba.

Cuando soltaron a mi padre del vagón, salió corriendo desde Villarrubia sin parar hasta Majaneque, y conforme llegó nos dijo “venga, prepararse, que esta noche de madrugada nos vamos de aquí para la sierra”. Esa misma noche del 15 de Agosto, a toda prisa se preparó el jato para el camino, con una presión tremenda, unos corrían para acá, otros para allá, matando gallinas, pollos y friendo la carne, el jaleo de las gallinas, los llantos del miedo y la preocupación. En aquel trajín, mi tía Isabel no pudo aguantar la presión y se puso de parto; parió dos niños mellizos, uno de ellos nació muerto. Mi padre cogió al niño muerto y detrás del chozo lo enterró.

Llevábamos una burra y una yegua, cargamos y arrancamos el camino, sobre las dos de la madrugada. En la burra se montó mi tía Isabel con el niño recién nacido y en

cada uno de los serones mi prima Manuela y mis hermanas Mari y Paquita y yo. Yo a ratos iba andando, recuerdo que llevaba para ayudar un despertador en la mano, y como era de noche a cada instante me caía y el reloj salía rodando y resonando los martilletos, mi padre me lo quitó para no hacer ruido. Hacía mucha calor esa noche pero más teníamos todavía nosotros, porque mi madre nos colocó en el cuerpo casi toda la ropa que teníamos para llevárnosla. Atrás nos dejamos 18 o 20 marranos, un piarón de gallinas y toda el aza de tierra –unas diez o doce fanegas- sembradas de remolacha y que en esos días se estaban arrancado, mi padre las llevaba a medias con Natera.

Íbamos dirección de la sierra cruzando por los llanos de la Barquera; cuando pasamos cerca de la azucarera de Villarrubia había unos reflectores grandes y potentes que daban vueltas en todas direcciones, instalados por los fascistas para controlar a la gente. Cuando la luz se dirigía a nosotros nos escondíamos aplastándonos en el suelo, mientras la luz daba una vuelta que tardaba un ratillo, nosotros avanzábamos. A mucha gente la pillaban y los volvían; los hombres eran detenidos y terminaban encerrados en los vagones del tren de la azucarera, donde con seguridad emprenderían su último viaje. Al llegar a la falda de la sierra ya estábamos más seguros, ya podíamos hablar; por el camino con la noche más oscura que la boca del lobo íbamos encontrando grandes oleadas de gente de todos estos llanos. Subimos la vereda de la Conchuela, de la Jarilla, a la Jarosa y de aquí a la Porrá. Cuando sentíamos por el camino acercarse a las criaturas se decía “quién va”, y se contestaba “gente buena” “venga, venga, vamos p’arriba” venían bandas de personas como bandos de estorninos. Nos amaneció en el río Guadiato, recuerdo los grandes barrancos y el río corriendo agua muy clarita, allí nos paramos y bebimos agua. Parece mentira hoy día en ese tiempo de Agosto el agua que el río llevaba. Aquí había varias familias, había mujeres que lavaban la ropa en el río y ropa tendida en lo alto de las chaparreras y los lentiscos. Estando así se presentó una avioneta de los fascistas y recuerdo las voces que le gente pegaba “cuerpo a tierra, cuerpo a tierra...” corríamos como conejos a meternos entre el monte, los hombres y mujeres quitaban la ropa tendida para que no llamara la atención del piloto. No murió nadie pero nos pegaron un gran susto, las ráfagas se sentían caer sobre las copas de las encinas, esto sería sobre las diez de la mañana. Seguimos el camino y en otra etapa llegamos a Villaviciosa.

Allí funcionaba un comité republicano que trataba que toda la gente comiera por igual, era el tiempo de la vendimia y nos dieron de comer pisto, tomate frito con patatas y de postre uvas de las viñas aquellas. Este pueblo se portó muy bien, nos dieron todo el apoyo que pudieron a miles de personas que veníamos huyendo de las bombas. Toda la gente tenía cosas que contar de lo que había pasado en sus pueblos, y de las bombas que les habían caído por el camino. Allí había gente de todos los pueblos de por ahí abajo, de Lora, Palma, Posadas, Almodóvar...

Aquí nos estaban esperando los hermanos de mi madre Tomas y Sandalio, ellos sabían que no íbamos a aguantar mucho en la Vega, Una de las noches que pasamos por allí mis tíos y mi padre hablaban entre ellos, se les veía muy preocupados, de ellos dijo “que poco ha durado un gobierno de obreros, los ricachones no soportan que tengamos derechos, para no perder sus privilegios han empezado una guerra”.

Pero viendo que los fascistas iban avanzando estaban muy cerca de Villaviciosa y los bombardeos de las avionetas eran cada vez más frecuentes, comenzaron a evacuar al pueblo.

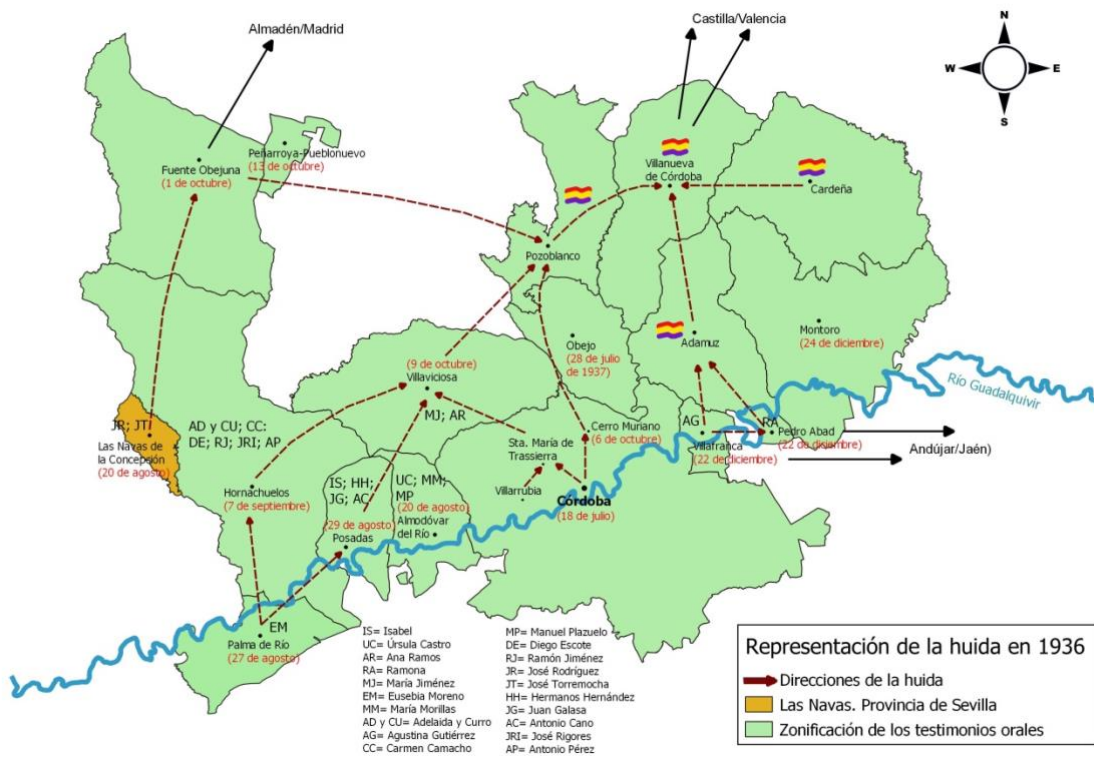
Seguimos a la estación de la Alhondiguilla, allí tuvimos que dejar los burros y muchas cosas más. La gente lloraba por no querer abandonar lo que llevaba encima. Todos los llanos que rodeaban aquella estación estaba lleno de burros y mulos que la gente tenía que abandonar para subir al tren, toda una desgracia, ya que era su único medio de transporte, y que se conseguía con mucho esfuerzo.

Nos montaron en trenes, hasta Espiel donde paramos a pasar la noche. Dormimos en una ermita que había en el cementerio; los nenes nos levantamos y estuvimos jugando entre las cruces y las lápidas de los difuntos.

Al día siguiente llegamos en el tren borreguero a Villanueva de Córdoba, y nos llevaron a un cortijo de un señoritango de Córdoba; estaba el cortijo lleno de heno que utilizaban para los caballos de las tropas republicanas.

Mi tío Tomas y Sandalio estaban aquí, lo recuerdo con aquella jaca de Cañero saltando aquellas tapias de piedra para sorprendernos con lo que era capaz. Nos alojaron en unas naves que habían preparado para la llegada de las familias, las habitaciones estaban cortadas con sacos de yute que hacían de tabiques.

El frente no estaba cerca, más allá de Pozoblanco, en la Chimorra. Fue uno de los frentes más duros de la guerra civil. Allí murieron cientos de personas. Desde Villanueva se escuchaba el ruido de los cañonazos y los bombardeos. En este pueblo había un refugio antiáereo, ya que de vez en cuando fue bombardeado, pero allí no cogían los cientos de personas que iban llegando, de manera que allí solo estuvimos dos meses. De allí cogimos el tren camino de Albacete donde pasamos toda la guerra en la zona republicana en el pueblo de Alpera, cerca del límite con Valencia. Allí fueron llegando muchísimas personas de muchos lugares de España para refugiarse. Cuando llegamos nos alojaron con familias de la zona, nos repartieron a los hermanos, unos aquí, otros allí...a mi hermana Mari la llevaron con unos ricos del pueblo, les llamaban los de Palacio, a mí me tocó con un tío que se llamaba D. Cosme que era ingeniero, en fin todos fuimos repartidos. Mi madre se quedó con mi Paquita que estaba mamando todavía, recuerdo que íbamos en un autobús y nos pararon en un lugar donde nos estaban esperando las personas que nos iba a acoger en sus casas. Al bajar unos decían “ese para mí, pues esa rubita para mí, aquel para mí...” aquello parecía que estaban rifando borregos. Estuvimos muy bien atendidos, incluso nos llevaban al colegio donde había chicos y grandes. No pasamos hambre ninguna, estuvimos muy bien, lo malo fue cuando se acabó la guerra.



Fuentes bibliográficas:

- *Paul Preston*. El Holocausto Español. Editorial Debate, 2017.
- *Sholomó Ben Amí*. La revolución desde arriba: España 1936-1979. Editorial Riopiedras .1982.
- *Hugh Thomas*. La Guerra Civil Española. Editorial Grijalbo. 1976
- *Alfredo Grimaldos*. Claves de la Transición 1973-1986. Editorial Península. 2013
- *Luis Naranjo, Francisco Díez, Rafael González, Ricardo Luque*. Presas de Franco. Diputación de Córdoba, 2009.
- *Francisco Moreno Gómez*. La Victoria Sangrienta 1939-1945. Editorial Alpuerto.2014
- *Francisco Moreno Gómez*. El Genocidio Franquista en Córdoba. Editorial Crítica. 2008
- *Francisco Moreno Gómez*. La Resistencia Armada contra Franco. Editorial Crítica. 2001
- *Francisco Moreno Gómez*. La Guerra Civil en Córdoba. Editorial Alpuerto. 1986
- *Juana Doña*. Desde la noche y la niebla. Editorial Horas y Horas. 2012
- *Alfonso Martínez Foronda (coord.)* La Resistencia andaluza ante el tribunal de Orden Público en Andalucía. Edita Fundación de Estudios Sindicales. 2014.

- *Francisco Cobos Romero (coord.)* La Represión franquista en Andalucía. Centro de Estudios Andaluces. 2012
- *Luis Naranjo, Manuel Moral, Miguel Carrasco. Claves de la Guerrilla Antifranquista en Sierra Morena. Diputación Provincial de Córdoba.* 2006.
- *Luis Naranjo (coord.)*. Lugares de Memoria en Córdoba. Foro por la Memoria de Córdoba, 2018.
- Joaquín Casado Bono. Posadas 1936-1953 Guerra Civil y Posguerra. Historia de una Villa. Ayto de Posadas. 2007.
- Sonia and Tin Bidal. My Village in Spain. Ayuntamiento de Almodóvar. 2014.
- Pedro López Nieves, Pedro López Bravo, Manuel Vacas Dueñas. Rutas de la Guerra Civil en los Pedroches. Mancomunidad de los Pedroches, 2020.
- Antonio León Lillo. Palma del Rio, 1936-1952. Universidad de Córdoba, 1990.